

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Diciembre 1960 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✦ Precio 0'70 NF - N° 819-84

Un atentado contra Francisco Pi y Margall

«**D**E haber querido adinerar los frutos de su actividad intelectual y política —dice un autor—, habría podido vivir espléndidamente. Pero para él la modestia y la sencillez, ajustadas al buen orden doméstico, eran ley de su naturaleza sobria y delicada.»

1874. Pi y Margall dista de vivir espléndidamente. «Todo el lujo para aquel hombre, que tanto había trabajado en el curso de su larga existencia, se reducía a tener cobijo en un cuarto soleado.» Su hogar es modesto, casi pobre; pero confortable, más que por las comodidades materiales, por una especie de aura serena que baña los seres y las cosas y les da un tinte de dulzura, de infinita placidez... Honda serenidad, sosiego y paz reinan en el hogar austero de este hombre, como siempre reinaron en su alma, que, cual la de Goethe, fué un lago de diáfanos y tersas aguas...

La morada de Pi y Margall está instalada en un segundo piso de la casa número 25 de la calle de Preciados, calle hoy bulliciosa y alegre. La habitación más confortable del piso es aquella en la cual el ilustre pensador ha instalado su despacho y su biblioteca, aquella su magnífica biblioteca, fruto de toda una existencia consagrada al estudio de las más diversas manifestaciones del pensamiento universal, y de la que dice un autor: «Las módicas ganancias de sus mejores días las había invertido en la compra de libros; su copiosa y rica biblioteca fué el único patrimonio que dejó a los suyos.» En realidad toda la casa es biblioteca; los plúteos aparecen atestados de grandes y pequeños volúmenes, que lucen la policromía de sus pieles, vitelas y pergaminos y la nota, llena de luminosidad, de sus lomos áureos y doctos que rezan títulos y autores de merecido prestigio... Filosofía, Derecho, Historia, Ciencias naturales, morales y políticas, Novela, Teatro, Ciencia y Literatura varia, todo ello en correcta formación, llena los estantes y luego, en desorden, cubre la amplia mesa, gravita sobre las sillas y se amontona, en imponentes hileras, en los ángulos de la estancia, detrás de las puertas, en los pasillos, en el desván, en todos los lugares de la casa... Millones de páginas de letra impresa en cuatro o cinco idiomas, miles de volúmenes, constituyen el

único tesoro de Francisco Pi y Margall, la devoción de su vida, el fruto de sus esfuerzos...

La habitación es amplia y clara. También es clara la mañana, una mañana de mayo, perfumada y fina... El sol penetra a raudales por los balcones que dan a la calle, en aquella época sosegada y silente, pues aun no conoce el chi-

riar de los tranvías ni el atronar de las bocinas de los autos, ni el martirio de los altavoces y de las radios de los bars... A lo sumo, de tarde en tarde, sobre el duro embaldosado, resuenan las pisadas monorrítmicas de unos caballos que arrastran un pesado carruaje. Algún vendedor vocea su mercancía, y después vuelve a reinar el silencio desde la Puerta del Sol a la plazuela de Santo Domingo. Han transcurrido dos meses desde la publicación del folleto *La República de 1873*, etc. Hoy, domingo, día 3 de mayo de 1874, puede ser el último de la existencia de Pi y Margall. «En todas las épocas han habido hombres alucina-

por Francisco CARAVACA

dos que, juzgándose destinados por la providencia para el cumplimiento de los altos fines, confunden muchas veces el crimen con el heroísmo y manchan sus manos con sangre de un hombre ilustre, creyendo realizar de esta suerte un acto meritorio. Por lo general, estos siniestros monomaniacos eligen como víctima a algún personaje que consideran peligroso para la marcha de la sociedad o para la causa de la religión, y dominados por el más estúpido de los fanatismos, se aprestan a hacer un sacrificio agradable a su dios, vertiendo en sus aras sangre humana.»

Hoy el golpe resultará fallido: la mano homicida no logrará su criminal intento. La gran diosa Casualidad frustrará el golpe. Son varias las versiones que tenemos del hecho, pero habremos de recurrir a la que nos ofrece plena garantía de veracidad. La mayor parte de los biógrafos de Pi y Margall, incluso el siempre tan ponderado Vera y González, han incurrido en verdaderos errores de detalle, en este, como en otros puntos de la vida del maestro, errores que nosotros hemos procurado subsanar. La versión que nosotros ofrecemos es la que hace el hijo de Pi y Margall, Don Francisco Pi y Arsuaga, en su *Historia de España en el Siglo XIX* (T. V. págs. 764-768), versión que nosotros hemos podido aseverar con diversos testimonios de contemporáneos. En otras diversas relaciones biográficas se hallan alusiones, adulteradas, al hecho, que no merecen el menor crédito. A estas relaciones se refiere Pi y Arsuaga, cuando dice: «He dado tan minuciosa cuenta del atentado contra Pi y Margall, porque he querido rectificar una especie que he oído muchas veces y algunas hasta he visto escrita.» No es cuestión de poca monta la que plantea la aludida especie: por ella se supone, nada menos, que Pi y Margall dió muerte a un hombre, siendo absolutamente evidente que dicho hombre se suicidó. Dice a este respecto Pi y Arsuaga: «Unos por tener ocasión de alabar las condiciones de serenidad y de energía de Pi y Margall; con menos plausible intención otros, han



Francisco Pi y Margall en 1873

★ Un atentado contra Francisco Pi y Margall ★

habido quienes han sostenido que Pi y Margall, al verse agredido, buscó su arma y mató a su agresor.» En efecto —añadimos nosotros—; en diciembre de 1901, al morir Pi y Margall, un periódico de Barcelona, en una nota biográfica, decía textualmente: «En el año 74 penetró en el domicilio de Pi, con pretexto de consultarle un asunto, un cura, que intentó asesinarle. Pi, al verse agredido, sacó rápidamente un revólver del cajón de la mesa escritorio y disparó contra él, dejándolo muerto en el acto...» A esto pueden oponerse las siguientes palabras de Don Francisco Pi y Arsuaga: «No había por aquel tiempo en casa de Pi y Margall arma alguna. Por cierto, que sus amigos la llenaron de ellas, con sus regalos, después del atentado. Por otra parte, todo el mundo pudo examinar las diligencias judiciales, incoadas con motivo del suceso. Aun teniendo armas, no hubiera, dadas las circunstancias en que el hecho se realizó, podido hacer uso de ellas. Ni esperaba la agresión ni era lógico que para almorzar en su propia casa, las llevase encima. No le hubiera dado tiempo a requerirlas la rapidez con que el agresor procedió...»

Por nuestra parte, hemos tenido ocasión de comprobar la veracidad de estos asertos. El hecho, por consiguiente, se desarrolló en las circunstancias que refiere Pi y Arsuaga, circunstancias que, en detalle, difieren un tanto de las expuestas por Don Enrique Vera y González en el segundo tomo de su obra *Pi y Margall y la política contemporánea*. Reproduciremos la relación del suceso:

«El que esto escribe, aunque entonces muy niño, guarda de aquel suceso vivo recuerdo. Las impresiones fuertes, aun recibidas en la infancia, perduran constantes en el espíritu. El hecho, oído referir en los primeros momentos de ocurrido y mil veces después, fué así:

«Vivía a la sazón el señor Pi y Margall con su familia en el piso segundo, izquierda, del número 25 de la calle de Preciados. Cayó en domingo el día 3 de mayo de 1874, y a esta circunstancia, en apariencia poco importante, pudo decir Pi y Margall que debió en aquella fecha la vida. Eran muchos los visitantes del señor Pi y Margall, durante todas las mañanas, pues desde las nueve hasta medio día se franqueaba la puerta de su casa a cuantos manifestaban deseos de verle. Entraban los visitantes por riguroso turno e individualmente en el despacho, un despacho bastante reducido. Solamente los domingos hacía el señor Pi una excepción: la de recibir a presencia de su buen amigo Don Ricardo Obertin, marino distinguido, que a la sazón enseñaba matemáticas a los tres hijos del señor Pi. Los domingos, en que no daba lección, pasaba la mañana en compañía del señor Pi y presenciaba todas las visitas.

«A las seis de la mañana se presentó en casa del señor Pi y Margall un sujeto, pretendiendo verle urgentemente. La criada que le abrió la puerta manifestó al desconocido que el señor Pi estaba aún acostado. Insistió el sujeto, pidiendo que se le pasase a la alcoba, pues el recado, sobre urgente, era breve. La negativa de la sirvienta a pasar el recado obligó al desconocido a desistir de su empeño.

«Volvió más tarde, cuando el señor Pi estaba ya en su despacho recibiendo visitas y acompañado del señor Obertin. El visitante se limitó, probablemente por la presencia del citado señor, a suplicar al señor Pi una recomendación para el ministro de Gracia y Justicia, a fin de que le abonasen una cantidad que le eran en deber. Repúsole Pi y Margall que no tenía relación alguna con la situación que ocupaba en el Poder mas, recordando, al fin, que conocía a un oficial del ministerio de Gracia y Justicia, entregó al solicitante una tarjeta para el empleado. Tomóla el visitante y despidióse mostrándose muy agradecido. Aquel hombre era el que, horas después, atentaba contra la vida de Pi y Margall.

«No se realizó seguramente su propósito en las primeras horas de la mañana por la negativa de la sirvienta, y no lo realizó tampoco luego, cuando fué recibido, porque debió impedirselo la presencia del señor Obertin. En cualquier otro día de la semana hubiera hallado a Pi solo en el despacho y, mientras le escribía la recomendación pedida, hubiera podido agredirle, en la seguridad de conseguirlo que se proponía. Por otro concepto aun favoreció la festividad del día a Pi y Margall. Sus tres hijos, el mayor de doce años, solían pasar los domingos con su tío Don Joaquín, el hermano del señor Pi, que los recogía por la mañana y los volvió a la noche a casa.

«Volvió a las doce el visitante de la mañana, en ocasión que el señor Pi y Margall estaba almorzando. Almorzaba solo, porque los hijos, según queda dicho, habrían ido con su tío. La señora del señor Pi, indispuesta por aquellos días, tampoco ocupaba su lugar en la mesa. Abrió una criada la puerta al visitante, a quien veía por tercera vez en aquel día, y él le entregó media tarjeta para que se la diese al señor Pi. Dirigióse la criada al comedor siguióla el hombre cautelosamente, armado de un revólver. Ordenó el señor Pi a la criada que preguntase si que le había entregado la media tarjeta (parte de la que de recomendación le había dado el propio señor Pi, horas antes) qué quería. Al volverse la criada para dar el recado, notó la presencia del que la había, sin ella notarlo, seguido hasta el comedor, y con el natural espanto, al ver el revólver, salió corriendo y dando voces, sin parar hasta llegar a la calle...

«Adelantó un paso el desconocido y encarándose con el señor Pi y Margall le dijo:

«—Señor Pi y Margall, prepárese a morir. Ave Maria Purísima...»

«Y disparó un tiro contra el señor Pi, tiro que, por fortuna, no hizo blanco y quedó clavado en la pared, a la altura de la cabeza del agredido. Otra criada, que estaba auereando en la misma mesa una ensalada, tiró cuanto tenía en la mano y corrió, como su compañera, a la calle.

«—Pero hombre, ¿está usted loco? —repuso Pi y Margall, levantándose.»

«El agresor hizo un nuevo disparo. La bala dió y rebotó en la pared, sin dar tampoco al señor Pi. Corrió este en aurección a su despacho, atravesando diversas habitaciones. En vez de seguirle, corrió el asesino en dirección contraria, acaso adivinando su propósito y con el animo de cortarle el paso. En el pasillo que daba acceso al comedor hallóse el agresor con la esposa del señor Pi, que acudía espantada al ruido de las detonaciones. Al ver a lo largo el comedor lleno de humo y a un hombre que creyó dirigirse a ella, revólver en mano, retrocedió la señora, y encerrándose en una habitación que daba a un patio, comenzó a pedir auxilio. Positivamente, aquel hombre había matado a su marido e intentaba hacer lo mismo con ella.

«El agresor torció por otro pasillo, que daba al recibimiento de la casa, echó el cerrojo a la puerta de la calle, entró en la sala y se dirigió a la puerta que daba al despacho, al tiempo que Pi y Margall, que había entrado en el mismo, por la puerta que daba a otras habitaciones, cerraba la que comunicaba con la sala. No acabó de hacerlo, porque el asesino, asido a la aldaba de la puerta, tiraba con fuerza para abrirse paso. Forcejearon allí los dos, el uno por abrir y el otro por cerrar, hasta que el agresor consiguió meter una mano y disparó un tercer tiro, que salió en dirección contraria al lugar que ocupaba el señor Pi. Después, cesó la violencia; el señor Pi pudo cerrar del todo la puerta. Sonó un tiro en la sala. Aseguró el señor Pi la puerta con una silla y abrió el balcón para que saliese el humo.

«A todo esto, las criadas en la calle y la esposa del señor Pi desde una ventana habían enterado a la vecindad y a los transeúntes de lo que ocurría, y las escaleras de la casa, como la ancha plaza del Callao, se hallaban llenas de gente. Sin duda el asesino advirtió la afluencia de público, comprendió que no podía escapar, temió acaso la indignación del pueblo y decidió suicidarse. Gentes que estaban en la calle declararon que habían visto levantar los visillos de uno de los balcones y mirar por los cristales a un hombre.

«Cuando Pi y Margall se decidió a abrir la puerta que daba a la sala, vió en ella tendido junto a un busto del propio Pi, obra del escultor don Siro Pérez, y, ante una copia en grabado del Cristo, de Vélazquez, al agresor, en un charco de sangre. Forcejeaban los vecinos en la puerta de la calle para abrirla, cuando el señor Pi y Margall descorrió el cerrojo y apareció en la escalera, ante la muchedumbre, sano y salvo. Fortuna grande había sido para él la ausencia de sus hijos y de su propia esposa en el momento del drama. No hubiera sido tal su suerte si en el instante de la agresión le hubieran aturcido con sus gritos y acaso entorpecido sus movimientos, el terror de tres pequeños y su madre.

«Supóse después que el agresor era natural de Orense, donde le llamaban el *Demo*; tenía cerca de cuarenta años y era presbítero. Había desempeñado su oficio en algunos pueblos de la Mancha y padecía ataques de enajenación mental.»

Quedan a la consideración del lector las circunstancias de este hecho y suponga libremente de dónde pudo partir la instigación. Nosotros tenemos nuestra opinión, pero nos la reservamos. Y hagamos notar, de paso, de personas, incluso muchos de sus adversarios políticos, diesen patentes pruebas de la consideración personal que el ilustre republico les merecía.

FRANCISCO CARAVACA

CALENDARIO DE



Está en venta este fan'tiar Calendario que tanto crédito artístico y utilitario proporciona anualmente a nuestra máxima institución solidaria. Encomendada la redacción del mismo al ilustrado escritor Pierre V. Berthier, podemos asegurar que el Calendario S.I.A. para 1901 gustará e ilustrará a cuantos lo adquieran.

El tema escogido este año es el de LAS RAZAS HUMANAS, excelentemente descritas por Berthier y magníficamente puntualizadas por el magnífico lápiz de Zaragoza. Ambos autores han conseguido un trabajo de conjunto superior a lo previsto, pues tanta es la conciencia que Berthier y Zaragoza han puesto en su respectivo trabajo.

Formúlense pedidos a esta Administración. El precio del Calendario es de 2 NF.

Significación e importancia del mestizo en la sociología boliviana

y VI.—Importancia del mestizo en el acontecer boliviano

POCOS han sido los historiadores de mayor prestigio nacional que hubieran hecho una interpretación multitudinaria del panorama boliviano. Gabriel René Moreno y Alcides Arguedas, los más conocidos en el Continente, dejan en sus obras el falso derrotero de sus conclusiones por haberse aplicado al preconcepto de la inferioridad de las razas que integran las mayorías populares, sin haber medido en su alcance y proporción los distintos factores que señalan el carácter de cada época, con objeto de comprender y desentrañar el comportamiento colectivo.

La enfática apreciación de los factores biológicos y hereditarios para descubrir la conducta de los grupos de acuerdo con las tendencias innatas de los distintos troncos étnicos, puede conducirnos al determinismo que en otro tiempo inspiró la creación de la escuela socioetnológica, actualmente discutida, porque los rasgos psicológicos fluyen de una trama de factores, entre los que el ambiente social tiene singular importancia, puesto que puede desarrollar, destacar o reprimir dichos caracteres mediante la presión colectiva, que es la que impone su adoctrinamiento y su tradición, el rango, la adecuación y la transfusión cultural.

El impulso dominador del ibero, el descontento del criollo inconforme, fueron los elementos que dieron acción dramática a ese período de nuestra historia inicial, mientras que en el fondo de ese cuadro humano se agitaba con subterráneo murmullo la masa de cholos urbanos y de indios rurales, que afirmaba su presencia escribiendo también la historia económica y social de nuestros pueblos, que es la contrafigura del suceso descrito por el historiador común. Sólo habíamos percibido la hazañosa biografía de algunos próceres, dirigentes del proceso multitudinario, sin percatarnos de que detrás del primer plano que ocupaban ellos se movía una oscura muchedumbre que era igualmente violenta ejecutora del acontecer. Las conjuraciones de Juan Vélez de Córdoba y Nicolás Flores, son estallidos del sentimiento mestizo, mientras que las insurrecciones de los hermanos Kataray y de Julián Apaza, siguen el rastro de la gran insurgencia nativa que encendió el genial conductor Tupac Amaru.

Cuando sobrevino el levantamiento general de las Colonias, la táctica de las guerrillas representó la acción parcial, pero mejor comprendida por la masa, para que decidiera incorporarse a la turbulenta aventura. Los guerrilleros gozaron de su permanente adhesión porque procedieron de sus mismas entrañas. De aquí na-

ció la correspondencia afectiva entre la plebe y los jefes que sin título ni jerarquía oficial, fueron los animadores de esa etapa histórica, protagonizada en el Alto Perú por una mayoría indomestiza.

Mientras que el patriciado chileno que buscaba la ayuda de las masas complacientes en batirse, se cuidó de remover los fundamentos de su predominio para que no surgieran los caudillos de la plebe, en el Alto Perú, el mestizo había podido convertirse en gerente de la Historia desde su posición de preeminencia a la que había escalado con las campañas de la independencia.

Advino la República cuando algunos caudillos vacilaban ante el particularismo absolutista o liberal de la metrópoli, y los otros, aparte de la idea común pero abstracta de la emancipación política, engendraban las más diversas deducciones sobre el uso de la libertad de acuerdo a su entendimiento, a las inclinaciones del espíritu popular y al interés de las clases superiores que neutralizaban la revolución en su beneficio.

«La participación activa de la masa en los sucesos ocurridos durante el proceso de la independencia, comprometió definitivamente su intervención en las agitaciones partidarias que trajo consigo el advenimiento de la República». De otra parte, la demagogia de los conductores, sean militares o civiles, se aprovechó del estado de ánimo de la plebe y de la conciencia de su fuerza, para buscar su intervención en los eventos electorales y en las numerosas asonadas y motines que registra nuestro convulsionado proceso republicano, a riesgo de corromper con el fraude, el soborno, la violencia, el alcoholismo, el estado social de esta clase, ya predispuesta a la relajación de sus formas tradicionales en una colectividad conmovida por frecuentes sacudimientos que hacían inoperante el aparato jurídico del Estado.

La presencia de los partidos llamados de principios, trajo una tentativa de institucionalizar el organismo político con leyes liberales que había elaborado la burguesía europea en el transcurso del siglo XIX. Empero, la función del parlamentarismo democrático — expresa un historiador contemporáneo — significaba para la realidad social de Bolivia un desprendimiento de ideas foráneas que mal podían referirse a las necesidades de los bajos estratos. Carlos Montenegro es quien dice que aquellos Parlamentos que tomaron para sí los atributos de la nación entera, interpretaron las exigencias de la clase pudiente, eliminando a las demás clases de la comunidad.

En el último proceso de la República, la dependencia boliviana

del extranjero que había sido ideológica, se convierte en dependencia económica en cuanto las grandes empresas mineras buscaron conexión con el capitalismo internacional.

Ingresando la sociedad boliviana en una estratificación clasista de fundamento económico, basada en derechos desiguales y en el dominio de ciertos grupos, ya llevaba en sí la posibilidad de inquietudes y una acción de masas con manifestaciones de acometividad para destruir la presión de las capas dominantes.

En peores condiciones que la masa rural mantenida a distancia de la inestabilidad de la organización capitalista, las sociedades urbanas constituidas por mestizos, se han mantenido en una actitud de lucha hasta conseguir que se le ofrezcan mejores condiciones que eleven sus necesidades vitales.

Para cerrar este esquema histórico ceñido a líneas muy generales, debemos reconocer que en el momento actual de transformaciones profundas en la estructura de la colectividad boliviana, el mestizo tiene acusada importancia como elemento activo del acontecer de la nación, bien que se le considere como miembro de los estratos dirigentes, bien que se le considere como integrante de las clases inferiores. Su movilidad social obedece a factores económicos y políticos. Su comportamiento está subordinado a estos cambios de nivel en la escala del grupo, teniendo en cuenta además, los antecedentes hereditarios, que señalan un proceso biosíquico limitaron al mecanismo de su conformación orgánica, y a los factores ambientales que determinan la naturaleza de su cultura. Esta última, por lo mismo que es transmitida por la vía social, es de importancia para la sociología. Recordemos lo que a propósito sostiene Emilio Willems: «La cultura del pueblo consiste en normas de conducta basadas en la tradición de muchas generaciones, en hábitos motores transmitidos en la infancia, en técnicas de trabajo, en maneras de sentir y de pensar, consideradas tan naturales que difícilmente se puede aceptar un cambio».

Estas mudanzas difícilmente se pueden operar de súbito, pero forzosamente tienen que sobrevenir por un proceso de dinámica social que tiene su clave en la interacción humana mediante todos sus procedimientos y métodos. Cambio en la satisfacción de las necesidades vitales, en la organización de las instituciones, en la orientación de la cultura para modificar y enriquecer los ingredientes del equipo tradicional. A través de ciertas unidades conductoras, el mestizo ha demostrado la plasticidad de su mente, que es susceptible de vigorosa reacción contra los errores, los defec-

tos y los vicios, como en el caso de los hombres que pertenecen a cualquier otra raza.

Tenemos los casos de Franz Tamayo, que es un hito de significación para el pensamiento boliviano, y de Andrés de Santa Cruz y Calahumana, el forjador de la confederación de los dos Perús, los cuales representan el tipo estructural de la amalgama de sangres, con las máximas posibilidades a que puede llegar un producto humano por la soldadura de las dos razas y alquitarado por la superación mental.

No se dirá que este problema, del que nos hemos ocupado, está ceñido al panorama de la sociedad boliviana. Su significación sociológica se extiende por semejanza a la fenomenología de otras áreas de América, donde constituye el tipo nacional de las diferentes colectividades, crece en influencia y en potencial demográfico y demuestra una condición psicológica perfectible cuando la sociedad dirige eficientemente sus capacidades.

Incidimos en esta condición perfectible, común a todos los grupos humanos, porque su presente estado social dimana del mecanismo de las sociedades restringidas que no conceden desarrollo a la iniciativa y voluntad de los individuos de los estratos populares. Pero, consideramos válido el razonamiento sociológico del doctor Azevedo de que el crecimiento cuantitativo de las colectividades y la complejización de la vida en diferentes círculos que forman la familia, la clase social, la escuela, el partido político, las asociaciones gremiales, deportivas, artísticas, intelectuales, etc., contribuirán a la personalidad del mestizo, una vez que pueda evadirse de la presión que ejercen actualmente las formas defectuosas de la tradición.

La pobreza de técnico industrial y el escaso volumen demográfico de nuestros países, ha mantenido por mecánica tradicional la fuerza conservadora de los grupos. Las conductas y las prácticas espontáneas constituyen la infra estructura social que debe ser superada por superestructuras establecidas en sistemas e instituciones que incorporen a todos los elementos a una existencia colectiva organizada, aprovechando el poder de adaptación de sus componentes.

Estas reflexiones fluyen de una tentativa de revalidar la naturaleza del mestizo, tipo social común a nuestras sociedades americanas, calificado negativamente por ciertas tendencias deterministas que no incidieron en los diversos factores que entran en juego en nuestras sociedades, cuyos componentes pueden redimirse de la fatalidad histórica a la que parecían estar condenados.

HUMBERTO GUZMAN ARZE

Páginas de la Historia del movimiento obrero español

Cooperativismo

Una forma de asociación popular que propagó con entusiasmo Fernando Garrido, buen conocedor de los ensayos hechos en Inglaterra, fué la de las cooperativas. Garrido fué uno de los periodistas combativos más notables de su tiempo. Había nacido en Cartagena en 1821 y murió en Córdoba en 1883. Organizó la Legión Ibérica, en cuyo nombre asistió Sarro Magallan (Marsal Anglora) a un congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores; vivió varios años en el destierro, la primera vez, hasta 1854, en Londres; la segunda, después de la restauración borbónica, en 1874, en París y en Portugal; fué diputado a Cortes en 1869 y 1872; sufrió persecuciones y prisiones; redactó numerosos periódicos de matiz social avanzado, fourrierista y owenista, y escribió importantes obras para la historia de España en el siglo XIX, entre ellas la «Historia de las clases trabajadoras», «Historia de la España moderna», «Historia del reinado del último Borbón de España», con numerosos informes sobre los trabajadores y sus luchas. Según este autor, en 1840 existía en Barcelona una cooperativa de consumos compuesta por un centenar de familias; otra en Palafrugell, secreta, desde 1865; en 1864 se fundó otra por los obreros de hilados y tejidos, «La obrera mataronense»; los socios de ésta última sumaban al comienzo 247, pero las dificultades para constituirse legalmente fueron desapareciendo; tenía en su proyecto secciones de crédito, consumo y socorros mutuos. También hubo en Valencia un buen movimiento cooperativista; en 1865 se fundó allí la cooperativa de producción para la fabricación de sedas titulada «La Proletaria», que alcanzó una cierta prosperidad; por la misma época funcionó también una cooperativa de consumos fundada por obreros ferroviarios, titulada «El compañerismo».

Trabas a la organización obrera general

El combate permanente en favor del derecho de asociación fué siempre de profundo dramatismo; si el impulso de los trabajadores en favor de la agremiación fué constante y tenaz, la resistencia de los poderes públicos no fué menos inflexible. Nada hicieron los liberales de 1854, nada hicieron los unionistas que les sucedieron en el gobierno para ofrecer un cauce legal a la necesidad de los trabajadores para asociarse en defensa de sus intereses materiales y morales. La Real orden de 1853 prohibía prácticamente las asociaciones obreras, pues la gestión de su reconocimiento estaba ligada a tales dificultades que, aunque la real orden del 10 de junio de 1861 declaraba que la forma-

ción de sociedades de socorros mutuos entre obreros no sólo era utilísima, desde el punto de vista moral, sino también desde el punto de vista social y económico. Donde quiera que surgía el deseo de asociarse, se veía la obstrucción de las autoridades en todas las formas, porque veían en ello, en todo contacto regular de los trabajadores, aun los más inofensivos, un peligro para sus privilegios, una sombra de conspiraciones en ciernes.

Se señaló desde el gobierno con alarma la peligrosidad de ciertas doctrinas «difundidas con perversa intención entre las gentes sencillas de los campos y de las fábricas», como decía el ministro Posada Herrera, después de la insurrección de Loja. Los gobernantes no se preocupaban más que de proponer medios represivos, leyes de coerción, métodos para mantener al pueblo en la ignorancia y en la sumisión.

Las reuniones obreras debían hacerse con el permiso y la inspección constantes del gobierno; éste tenía potestad para rehusar las autorizaciones correspondientes; los gobernadores civiles de las provincias podían disolver cualquier sociedad establecida si lo juzgaban oportuno. Se veía en toda asociación obrera un centro de agitación y de subversión, de maquinaciones contra el orden social, contra aquel mismo orden que los amotinamientos y pronunciamientos cuarteleros destruían y amenazaban a cada instante.

Las sociedades gremiales locales, pues, estaban reducidas a la mínima expresión, pero lo que causaba espanto y concitaba todas las persecuciones y represiones era sobre todo la coalición de los gremios entre sí, idea que surgía espontánea en las filas de los trabajadores asociados, tanto en el orden local como en el nacional, porque, según la interpretación de Posada Herrera, esas coaliciones servían para reclamar aumentos del nivel de los jornales. En nombre de la libertad de trabajo, el obrero quedaba convertido en un esclavo del amo de la tierra o de la fábrica, pues el Estado ni siquiera tenía la preocupación de legislar sobre las relaciones económicas entre los dos ramos de la producción.

Tan sólo en noviembre de 1863 aparece un real decreto refrendado por el ministro de Fomento, Alonso Martínez, por el cual se crea, aunque sólo en el papel, una comisión encargada de la redacción de reglamentos para el ejercicio de las industrias que pudiesen influir de manera perniciosamente en la salud y seguridad públicas, un primer intento de intervención estatal en la llamada libertad de la industria.

Francisco Pi y Margall

El notabilísimo y tesorero esfuerzo en la lucha por un nuevo derecho que mantuvieron las clases jornaleras españolas de la ciudad y del campo, a través de todo el siglo XIX, se vió flanqueado por el apoyo moral de personalidades del más alto relieve, atentas a interpretarlo, estimularlo y favorecerlo. Hay que mencionar en primer término y como exponente de ese paralelismo a Francisco Pi y Margall (1824-1901) el federalista de matiz libertario por toda su contextura intelectual.

Pi y Margall era muy querido y respetado por los militantes de las sociedades obreras; Ricardo Mella lo llamó «el más sabio de los federales, casi anarquista, siempre justo entre los justos». De su liberalismo y de su defensa de la personalidad humana hasta las concepciones del anarquismo español hay poco trecho. Combatió el centralismo político instaurado por la dinastía de los Habsburgo en el siglo XVI y perfeccionado y extremado por los Borbones luego; propició una organización regional de la vida española y su federación partiendo del municipio como la más coincidente con la geografía y la tradición nacionales; sostuvo la idea de la república en el partido democrático al que había ingresado en 1849 y, contra ese partido, declaró ya en 1854 que la república era la forma de gobierno obligada de la democracia; en 1869 acabó por formar el partido federal, el primer partido netamente republicano que se constituyó en España.

Después del fracaso del levantamiento de 1854, Pi y Margall se dedicó a escribir el libro «La reacción y la revolución», que puso su nombre desde entonces en los primeros puestos de la reforma política y social; para él la revolución era la paz, la reacción era la guerra, y la revolución digna propiamente de ese nombre no era la política, sino la social. La censura le prohibió elaborar el segundo tomo de esa obra notable. En su opinión, lo que caracteriza a la monarquía no es la existencia de un rey, sino la centralización política. «Erijamos, decía, en entidad política al municipio y la provincia; dividamos al pueblo en clases. La clase de productores entiende exclusivamente en sus intereses; cada municipio y provincia, en los suyos. Un consejo municipal podrá constituir entonces la unidad del pueblo, un consejo provincial, la de la provincia, un consejo federal la del Estado. Todas las clases estarán, naturalmente, representadas en estos consejos. El poder dejará de ser un peligro y perderá de día en día su carácter político. Se irá destruyendo...» Muestra el ejemplo de asociación

por Diego Abad de Santillán

y federación de las sociedades obreras y protesta contra la uniformidad centralista. «La descentralización es la unidad contra la variedad, y la unidad en la variedad es el orden del mundo. La descentralización es la libertad y por la libertad somos hombres».

Afirmó altamente Pi y Margall el principio de la autonomía individual como base de la democracia, en una discusión que tuvo mucha resonancia. En sus trabajos del diario «La Discusión» de Madrid está toda su doctrina federal, que concretó más tarde en el libro «Las Nacionalidades» (1877). Ocupó en la primera república la cartera de Gobernación y fué también presidente de la misma transitoriamente, renunciando al cargo después de haber desbaratado algunas conspiraciones. Ya en la primera república se comprobó el abismo que separaba a federales y unitarios, es decir el liberalismo y el monarquismo, pues una república unitaria es una monarquía, en la acepción de Pi y Margall y de Proudhon, aunque tenga al frente un presidente ungido por las urnas electorales. Tradujo fielmente diversas obras de Proudhon y continuó su batalla ideológica con el apoyo invariable a las reivindicaciones obreras, especialmente a causa de la coincidencia en torno al principio de la federación. Y en toda ocasión, su integridad moral inspiró profundas simpatías a los militantes obreros.

Al fundarse la Internacional española, se hizo un esfuerzo por los jóvenes de los núcleos fundadores para romper todo vínculo con cualquier clase de partido, por avanzado que fuese; uno de los que más enérgicamente mantuvo ese criterio de la ruptura completa, fué Anselmo Lorenzo, el que habría de ser uno de los escritores obreros que a lo largo de su vida citaron más abundantemente pensamientos de Pi y Margall, a cuya nobleza de carácter y a cuya contextura moral no dejó nunca de rendir la merecida pleitesía.

Un concepto español de la justicia

Merece también destacarse un concepto muy español de la justicia, una personalización y subjetivación del derecho en nuestro pueblo, en contraste con los métodos cesaristas y represivos de los gobiernos. Un escritor contemporáneo escribió lo siguiente:

«Es sabido, desde Don Quijote y los galeotes, lo arraigado que está en las capas inferiores del pueblo español el sentimiento de una justicia humana, espontánea, generosa y cargada de resonan-

EL sabio —desaliñado en el vestir, con hongo sobre las cejas, chaqué rabicortón, zapatos sin lustrar y enorme paraguas al brazo aunque luciera el sol— entraba todos los atardeceres en el café del Prado, frente al Ateneo de Madrid, en cuyo fondo unos divanes de terciopelo rojo de dudoso estado acogían la tertulia heterogénea y pintoresca que rodeaba al profesor escuchándole respetuosa. De este rincón salieron más tarde las celebradas «Charlas de café». Aquella tarde le presentaron a un nuevo contertulio, opulento fabricante de tejidos que estaba lamentándose de la imposibilidad —era en 1889— de distinguir en los géneros extranjeros los hilos de lana de los de seda y de algodón. Impuesto del tema el sabio dijo:

—Está usted mal informado. Semejante distinción es cosa llana recurriendo al microscopio.

—Si ello fuera cierto —dijo el otro—, en vez de ser un pobre catadrático sería usted millonario.

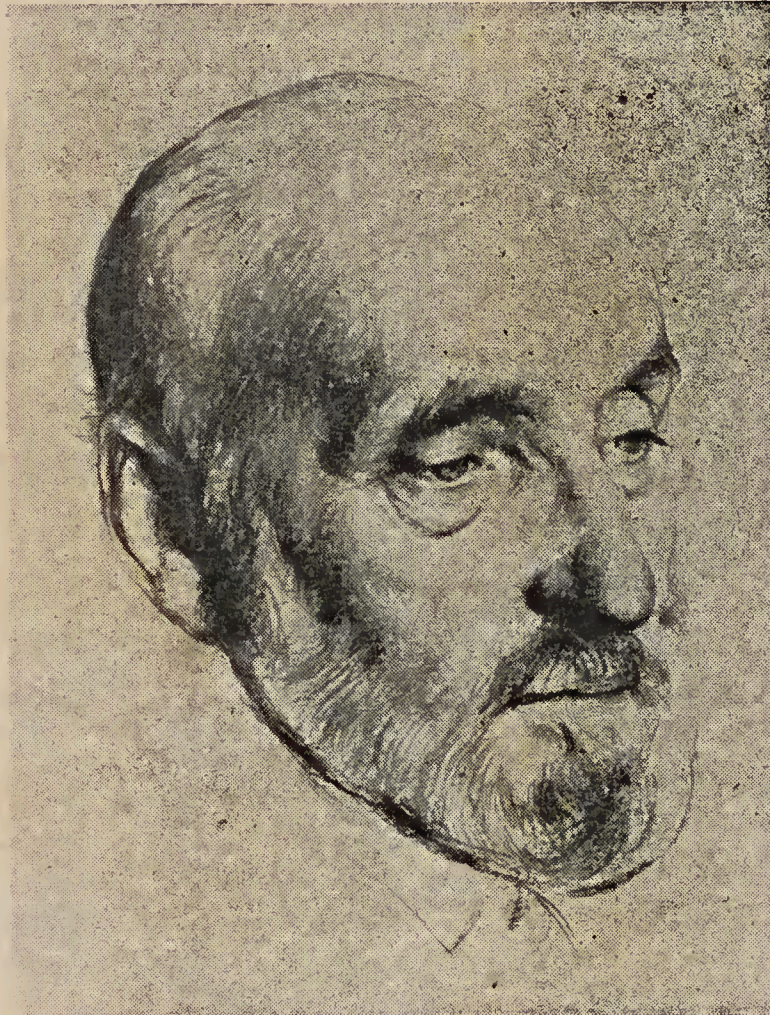
—Continúa usted equivocado —replicó el sabio—. Si la ciencia condujera a la fortuna usted no tendría dos pesetas.

Este era el hombre, Científico y filósofo hasta el punto de haber dicho en una de sus mejores obras literarias: «El gran defecto de los españoles fué siempre el desdén hacia el idealismo filosófico y científico. Diríase que las robustas posaderas de Sancho cabalgaron sobre los hombros del genio patrio obligándole a inclinar la cabeza y los ojos hacia la tierra». Si el talento es la facilidad y el genio la novedad, don Santiago Ramón y Cajal —el sabio del hongo y del paraguas cuyo aniversario de su muerte recordamos— unió los dos dones con otros diversos de su extraordinaria humanidad.

Quiero apartarme completamente de la figura que conoce todo el mundo culto. De aquel mocete nacido en Petilla de Aragón, hijo del médico del pueblo y que por sus travesuras es castigado a los oficios de barbero y zapatero, para llegar hasta el Premio No-

S. RAMON Y CAJAL

Y LA LITERATURA



bel y a la admiración universal por su dominio de la histología y técnica micrológica, sus descubrimientos en la anatomía patológica en relación con la micrológica y sus investigaciones científicas. No existe enciclopedia donde su biografía ocupe menos de dos pá-

ginas y recientemente una película honrada y modesta ha intentado llevar a conocimiento del pueblo la vida ejemplar de aquel sabio español.

De lo que quiero ocuparme en este aniversario es de su faceta literaria. El científico malogró al literato. La humanidad puede celebrarlo; pero somos muchos los que lo lamentamos. Cajal sentía la literatura y sus afanes en lo profundo del alma. En plena pubertad escribe su primera obra, «Estrategia lapidaria», resumen y recuerdo de sus hazañas infantiles en la aldea cuando con honda y pedreas merece el castigo de la expulsión. Hombre ya, escribe «Cuentos de vacaciones», «La psicología de los artistas», «Los tónicos de la voluntad» e inmiscuyéndose en su misión facultativa «Reglas y consejos de investigación biológica» de un marcado trazado novelístico. También sube a la tribuna ateneísta y lee una magnífica conferencia: «El Quijote y el quijsotismo». Tiene una naturalidad narrativa portentosa y la facilidad de su pluma llega a plasmarse no sólo en «El pesimista corregido», sino en toda su obra, tan unida a su vida desde «Mi infancia y juventud» que escribe para una biblioteca infantil

hasta «El mundo visto a los ochenta años» que cierra su producción literaria. Aparte de una prosa llana y correcta tiene aciertos verdaderamente geniales como la definición y defensa del «derecho del pataleo», al que llama saludable y «baldeo cerebral». Porque si para ejercerlo hay que tener turbios los conceptos de justicia y de propia estimación, es higiénico el pataleo, vociferar y gesticular a fin de sacudir la musculatura y lograr con ello el retorno a la pacífica serenidad.

Antes de la tertulia del Café del Prado, Cajal la tuvo en el «Suizo» y en el «Levante», siendo siempre muy aficionado a entablar discusiones sobre periodismo, teatro o literatura. Cuando en 1887 ganó la cátedra de Histología de Barcelona, tuvo aquí dos «peñas» durante el tiempo que la ejerció. Una era en el viejo café «Suizo» de la Rambla, de inolvidable recordación, y otra en «La pajarera», especie de quiosco grandote que se erigía en plena plaza de Cataluña. Del laboratorio de su casa, adonde acudían los famosos doctores de aquella época —Siloniz, Rull, Coll y Pujol, Valentí, Morales, Giné y Partagás, y el que también fué político Robert— corría a la otra tertulia, la literaria, llevándose muchas veces a varios de ellos que alternaban allí con poetas desconocidos, periodistas y dramaturgos.

En Barcelona llegó a la cumbre de su fama con el descubrimiento de las leyes de morfología, las células nerviosas en la substancia gris, y los granos del cerebelo que provocaron el asombro del sabio alemán Kölliken, que en el Congreso médico de aquel año descubre a Ramón y Cajal ante el mundo. El sabio, que no da gran importancia a los honores, acude a su tertulia literaria gozoso de que sus amigos modestos e ignorados aplaudan un cuentecillo que acaba de escribir, junto al microscopio, el mismo día en que recibe el telegrama elogioso de Kölliken. Es aquel cuentecillo en que habla del tic-tac de un reloj. Rápido para los que gozan, lento para los que sufren, terrible para el que piensa que a su monótono compás se va acercando la muerte.

Este es Santiago Ramón y Cajal, escritor y literato malogrado por la grandiosidad de su genio científico que tan alta gloria ha dado al país. Tenía razón cuando al fabricante de tejidos le decía que la ciencia no conducía a la fortuna. Tampoco la habría hallado en la Literatura. Pero en una y otra disciplina del saber humano logró lo más grande a que puede aspirar un hombre, porque Ramón y Cajal —a cuyo aniversario he querido dedicar este recuerdo hoy— fué un hombre al que «no se le puede honrar, porque el honor le fué concedido en el nacimiento, permaneció en él durante la vida y yace con él en la muerte y después de ella cuando empieza la eternidad»...

P. V. S.

Páginas de la Historia del movimiento obrero español

cias afectivas, superior a la justicia de las leyes escritas. En la conciencia del español cualquiera coexisten dos justicias: la puramente técnica, exterior, de códigos, ordenanzas, gacetas y jueces, y aquella difícil justicia de la hombría radicada, no en la cabeza, sino en el corazón del hombre, y superior como norma ética a la ley estampada en los códigos. De aquí la simpatía popular hacia tipos humanos, como el contrabandista o el bandido generoso, que vulneran la primera dejando a salvo la segunda. Siempre, en suma, lo mismo: la resistencia a dejarse aprisionar, o a aprisionar al prójimo, dentro de una dimensión política o jurídica unívoca. Se puede ser en el siglo XIX español carlista, liberal, bandido, republicano, patrono, jornalero o guardia civil. Pero la clave de la

valoración del mismo; por encima de todas aquellas cosas se puede ser, y esto es lo que importa cuando no ciega la sangre. «buena» o «mala persona» (1).

(1) José María Jover, «Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea». (Madrid, 1952, págs. 34-35).

En el curso de los decenios agitados de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, ese concepto de justicia ha sufrido alteraciones; la idea de la violencia en los de abajo se desarrolló como defensa primaria contra la violencia de los de arriba, hasta llegar a la implantación del genocidio como algo casi normal, es decir, el exterminio sistemático de los adversarios políticos como solución final

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

Aspectos ignorados de



Ricardo Flores Magón

FUE Alfaro Siqueiros quien me dió la noticia: «Está en México la señora Turner: la viuda de John Kennet Turner, autor de aquel sensacional libro llamado *México bárbaro*. ¿Lo recuerdas?»

Nos encontrábamos en el Museo de Historia, en el Castillo de Chapultepec, exactamente en el salón dedicado a la revolución mexicana, donde Alfaro Siqueiros pinta un extraordinario mural con el tema de la revolución. El mural contiene un gran número de retratos de hombres de esa apasionante época, y también de manera destacada, de aquellos que participaron en sus prolegómenos, algunos de los cuales han sido olvidados y otros vilipendiados. Los recuerdos de aquellos días lejanos trajó a la memoria el libro de John Kenneth Turner (1) que es un reflejo del México de hace poco más de 50 años, una denuncia del drama sombrío del pueblo mexicano de ese tiempo.

Fué también en casa de Siqueiros, cuatro días después, cuando me encontré con la señora Turner, frente a copas de vino rosado y succulentos platillos italianos con los que Angélica Arenal de Siqueiros nos dió la sorpresa de su arte culinario. La conversación esa noche se concentró en la vida de México en los años en torno a 1910, cuando los esposos Turner llegaron al país, y también sobre los refugiados políticos mexicanos de esos días que sufrieron cárcel y penurias en los Estados Unidos, donde algunos de ellos encontraron una muerte sorpresiva.

Pero una historia de esta naturaleza, como la que ya me sospechaba que contaría la señora Turner, requiere recogimiento y momentos de silencio. Así fué que nuestra entrevista se celebró posteriormente.

México bárbaro es una denuncia y una protesta contra la humillación, el envilecimiento y el sometimiento del pueblo de México por el régimen de Porfirio Díaz. En 17 capítulos Turner despliega el pavoroso panorama de aquella vida, que más que vida era en verdad

(1) *México bárbaro*.

una agonía prolongada. He aquí algunos de los temas tratados en estos 17 capítulos: la esclavitud en Yucatán, el exterminio de los yanquis, los esclavos contratados de Valle Nacional, elementos represivos del régimen de Díaz, la octava elección de Díaz por «unanimidad», el contubernio de Díaz, la persecución norteamericana de los enemigos de Díaz, y otros más.

A los cuatro meses de la primera impresión de su libro, en los Estados Unidos, Turner escribe un prefacio (para la segunda), fechado en Los Angeles, California, el 8 de abril de 1911, del que transcribo dos significativos párrafos y un fragmento:

«En el momento de escribir estas líneas hay cerca de 30 mil soldados norteamericanos que patrullan la frontera mexicana y barcos de guerra de los Estados Unidos navegan en la proximidad de los puertos mexicanos. Aunque ni un solo soldado llegue a cruzar la línea, ni los barcos disparen un solo tiro, se trata de una *intervención efectiva*. El propósito declarado es el de aplastar la Revolución mediante el cierre de sus fuentes de aprovisionamiento e impedir que los patriotas mexicanos residentes en los Estados Unidos vayan a luchar por la libertad de su país.

«La acción de movilizar las tropas fué tomada por el Presidente Taft, sin tener en cuenta los deseos del pueblo norteamericano y sin ofrecer a éste explicaciones debidas. La incautación por las tropas de los abastecimientos para la Revolución y el arresto de reclutas revolucionarios, son contrarios no solamente a todas las tradiciones de libertad política sobre las que se supone que está basado este país, sino que son ilegales, criminales y punibles con multa y prisión según las leyes de los Estados Unidos...

«...En los Estados Unidos todavía existe cierto grado de libertad de prensa y de palabra. Aunque con incontables trucos y engaños los gobernantes norteamericanos consigan sustraerse a la voluntad de la mayoría, ésta todavía puede protestar; y si la protesta es suficientemente ruidosa y sostenida, aún es capaz de hacer temblar a esos gobernantes. ¡Protestad, pues, contra el crimen de la intervención! Y si fuera necesario, para que los gobernantes escuchen, llevad esa protesta hasta la amenaza de una revolución aquí; la causa lo merece».

Con mente lúcida, voz pausada y esporádicos ademanes, Ethel Duffy Turner cuenta la historia de *México bárbaro*:

—John siempre había querido ir a Los Angeles... Seguramente, por recuerdos de infancia. Y a Los Angeles llegamos, desde Oregón. Esto fué a principios de 1908. De inmediato consiguió un trabajo en

el *Los Angeles Herald*. Como periodista que era, supo que estaban en la cárcel de Los Angeles tres políticos desterrados de México: Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal. Fué a entrevistarlos. Ellos le hablaron de las condiciones de vida en México: la política de Díaz; la esclavitud en las haciendas de Yucatán; la situación de los yanquis, y en el Valle Nacional, y de otras cosas...

—John llegó a casa y me dijo: «Si lo que me han dicho esos hombres es verdad, y si creo que lo sea, iré a México a cerciorarme de ello con mis propios ojos». ¡Ah!... Es una historia tan larga. La otra noche le dije a usted que hubo dos levantamientos antes de 1910: el primero en 1906 (los de Acajucan, Veracruz, y Jiménez, Chihuahua, y la conmoción de Cananea), y el segundo en 1908 (en Las Vacas y Viesca, Coahuila). Todo esto está en mi libro sobre Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, que se encuentra en prensa. Ricardo Flores Magón insistía en que necesariamente habría un levantamiento contra Díaz. En... 1908, desde la celda de la cárcel, él continuó los preparativos para la revolución que luego estalló.

—¿Bajo qué cargo estaban presos en los Estados Unidos?

—Bajo el cargo de violación de las leyes de neutralidad.

—¿Enviaban armas?

—Mandaban hombres para la lucha. Las armas las enviaban por otro conducto. Hombres armados, no.

—John y Lázaro Gutiérrez de Lara salieron de Los Angeles de incógnito, y viajaron «de mosca» hasta la frontera. Allí adquirieron boletos de primera. Ya en México, se pusieron en contacto con los del Partido Liberal. John tenía este plan: pretendía ser un inversionista adinerado con el deseo de adquirir propiedades henequeras... Eran muy audaces, pues cualquier duda le hubiera costado la vida.

—¿Cómo pudo entrar en México Gutiérrez de Lara, cuando estaba perseguido por el gobierno de Porfirio Díaz?

Es uno de los momentos en que la señora Turner levanta ambas manos y dice: —Corriendo un gran riesgo. Por eso lo considero un hombre muy valiente.

—¿Cuánto tiempo estuvo en México el señor Turner en esa ocasión?

—Aproximadamente dos meses. Mientras tanto, Elizabeth Trowbridge y yo nos fuimos a Tucson, Arizona, y allí sacamos un periódico llamado *The Border (La Frontera)*. Eran días llenos de agitación. Los espías nos seguían por todas partes. Elizabeth Trowbridge era una aristócrata de Boston, quien gastó su fortuna ayudando al grupo revolucionario: tuvo a su cargo los gastos de John y de

Gutiérrez de Lara a México, y también costeó en gran parte la defensa de los políticos mexicanos encarcelados. Posteriormente, ella contrajo matrimonio con Manuel Sarabia... Pero esa es otra historia.

—¿Qué tipo de periódico era *La Frontera*?

—Una publicación mensual. Y esto fué un error, porque las cosas se sucedían con demasiada precipitación. Debíamos haber hecho un semanario. Pero éramos muy jóvenes. El objeto del periódico era denunciar la persecución que los mexicanos sufrían en los Estados Unidos. Era terrible. Eran refugiados de la tiranía de Díaz. Estos hombres no iban a los Estados Unidos a vivir cómodamente, sino a sostener la lucha, y a denunciar ellos, a su vez, las condiciones de vida en México.

—John regresó directamente a Tucson, después de la experiencia insólita de México, donde había presenciado cosas increíbles. Escribió los primeros cuatro artículos que luego se convirtieron en los primeros cuatro capítulos de *México bárbaro*: Los esclavos de Yucatán. El exterminio de los yanquis. En la ruta del exilio y los esclavos contratados de Valle Nacional. Los vendió al *American Magazine*. Una revista mensual de Nueva York. Esto se guardó en el más absoluto secreto, pues los editores de la revista le propusieron a John venir a México a estudiar la situación política del régimen de Díaz...

—Señora Turner: en 1955 la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* publicó íntegro *México bárbaro*, con algunos comentarios sobre el libro. Entre éstos, el del licenciado Daniel Cosío Villegas decía: «Yo he acabado por dudar de si realmente existió el señor Turner...»

—Sí, ya lo sé —dice la señora Turner entre un esbozo de sonrisa—. El doctor Lara Pardo escribió otro artículo refutando esta «duda» y defendiendo la «existencia» de John Kenneth Turner. Después yo le pedí a mi hija, que vive en California, que le diera las gracias al doctor Lara Pardo. Así lo hizo, diciéndole que John Kenneth Turner sí había existido, puesto que había sido su padre.

—¿Aceptó el señor Turner la proposición del *American Magazine*?

—Sí. Y en esta ocasión yo lo acompañé a México. Aquí, John tomó un empleo en el *Mexican Herald*, que se publicaba en México entonces, como director de la sección deportiva. Ibamos al Country Club, él jugaba tenis, y así conoció a muchos norteamericanos y a otras personas. Esto duró de enero a mayo de 1909. A nuestro regreso a los Estados Unidos los artículos fueron anunciados, primero, y luego publicados. El primero, como en el libro, es el re-

la revolución mexicana



Praxedis G. Guerrero

ferente a los esclavos de Yucatán. La reacción fué sensacional. Un verdadero escándalo en todo el país. Hasta los curas en las iglesias hablaban del problema mexicano, leyendo los artículos en el púlpito. Algunas personas estaban en contra de los artículos, como es natural. Después ocurrió algo inesperado: cesó la publicación de los artículos, y el American Magazine cambió radicalmente su línea política: se dedicó a elogiar al régimen de Díaz de manera ser vil, nauseabunda. El camino sorprendió al país entero.

—¿A qué se debió este cambio?

—Ocurrió —y esto lo supimos después— que la revista había sido adquirida por una gran empresa norteamericana que tenía fuertes intereses en México. Como agravante, John ya no encontró en todo Nueva York un solo editor para su libro. Finalmente, el Partido Socialista Americano lo editó por su cuenta. Entonces, los henequeneros de Yucatán compraron la mayor cantidad posible de los libros para hacerlos desaparecer. Ni uno solo llegó a México, como no fuera clandestinamente.

—Y, el señor Turner, ¿no fué perseguido?

—No. Era demasiado conocido...
—¿Y los prisioneros políticos mexicanos?

—Habían sido llevados a Arizona y allí juzgados. Se les fijó en la sentencia el tiempo máximo que se aplica en casos de violación de las leyes de neutralidad. Al cumplirse el término, John, junto con algunos miembros de la Western Federation of Miners (una federación minera), la que había cooperado con propaganda y fondos a los huelguistas de Cananea en 1906, fueron a recibir a la salida de la cárcel a Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y a Antonio L. Villarreal, para evitar que se les llevaran a la frontera y ser allí entregados al gobierno de Díaz, como ocurría con frecuencia.

—¿Los acompañó usted?

—No. Yo acababa de tener a mi hija Juanita. Le dimos este nombre pensando en México. Entonces México era todo para nosotros. Volviendo a la historia, en Los Angeles los mexicanos fueron recibidos por sus compatriotas con flores y gran entusiasmo. Adoraban a Ricardo. En seguida se reanudó la publicación del semanario *Regeneración*. Lo dirigía Anselmo L. Figueroa, pero Ricardo era el espíritu del periódico, y en él trabajaban Enrique Flores Magón, hermano de Ricardo, Antonio I. Villarreal, Lázaro Gutiérrez de Lara, Librado Rivera y Praxedis G. Guerrero, persona maravillosa. John colaboraba con ellos. Yo también escribía para el periódico. Estaba profundamente involucrada en todo esto, que me era fácil. Yo llegué a dirigir la página en inglés de *Regeneración*, firmando con mi nombre completo: Ethel

Duffy Turner. Guardo algunos ejemplares del periódico. Se están deshaciendo... Son un tesoro. Pero tengo el microfilm de casi todos los números.

Se hace un repentino silencio. Luego, la señora Turner dice: Este año se cumple el primer cincuentenario de la revolución mexicana, y me alegro que mi libro — sobre Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano — salga este mismo año. Ya está en prensa. Fué traducido al español por el ingeniero Eduardo Limón.

En seguida, reanuda el relato: «En 1910, Ricardo y los amigos nos llevaron a una oficina cerrada para decirnos, confidencialmente, que el pueblo mexicano se levantaría el 20 de noviembre (de 1910). Esto ocurrió diez días antes del gran estallido revolucionario. Fué una demostración de confianza que nunca olvidaré. Los liberales tenían planeado su levantamiento para septiembre, pero lo aplazaron para coincidir con el 20 de noviembre.

La señora Turner hace otro aparte:— Mire usted: tengo que entrar en esto porque es muy importante para la historia de Ricardo Flores Magón. El 29 de enero de... 1911, ya propagada la revolución, la Baja California fué tomada por los liberales. Madero, en Chihuahua, tuvo un desacuerdo serio con los liberales porque no lo aceptaban como líder. Madero entonces se volvió contra ellos y desarmó a un grupo grande de liberales, a cuyo frente se encontraba Prisciliano Silva. Cuando esto ocurrió, Ricardo Flores Magón atacó a Madero en *Regeneración*. Después de la batalla de Ciudad Juárez, Madero encargó a una comisión que tratara de persuadir a Ricardo a dejar la lucha de Baja California y la de todas partes. Ricardo contestó que dejaría de pelear cuando estuviesen satisfechos los anhelos de la revolución. Como respuesta, Madero lanzó al ejército federal de Díaz contra los liberales que estaban en Tijuana. Madero había sido aconsejado por sus familiares de no emplear tropas revolucionarias para combatir a los liberales.

—Otra cosa: en esta comisión iban Jesús Flores Magón, hermano de Ricardo, y Juan Sarabia. Jesús ya había estado preso y había desistido de la lucha. No es que estuviera contra su hermano. Simplemente no era revolucionario. Juan Sarabia había estado cinco años en San Juan de Ulúa, hasta que Madero lo libertó. Realmente no fué Madero quien le dió la libertad, sino la revolución. El adoraba a Madero. Cualquier persona que haya pasado cinco años en San Juan de Ulúa tiene que estar mal de la cabeza.

—¿Cuál fué el resultado de la gestión?

—Ricardo rechazó la proposición. Madero ya le había ofrecido la vicepresidencia; pero Ricardo no entraba en componendas. Al día siguiente de esto, las oficinas de *Regeneración* fueron cateadas por la policía norteamericana. Justamente, en ese momento Enrique estaba leyendo una carta mía. Yo me encontraba entonces en Carmel, California. Esto ocurrió, aproximadamente, el día 15 de junio de 1911. Fueron aprehendidos ese día Ricardo, Enrique, Librado y Anselmo Figueroa. Antes, Praxedis G. Guerrero, gran figura por su talento y su espíritu revolucionario, había ido a Chihuahua a la cabeza de un grupo de liberales, con gran éxito. Sin embargo, murió a fines de diciembre en forma muy extraña. Entre las distintas versiones sobre su muerte está la de que, encontrándose él en la azotea de una casa, un compañero suyo, confundiéndolo con el enemigo, le disparó. ¿Lo confundió realmente?

(Praxedis G. Guerrero había llamado a Díaz Mirón «poeta esbirro». A su muerte, Díaz Mirón, describiendo la toma de Janos, dijo en venganza: «Allí encontró la muerte el terrible bandido Guerrero».)

—¿Cuáles fueron los cargos en esta ocasión?

—Los mismos: violación a las leyes de la neutralidad. Tuvieron que recurrir a falsos testimonios por la falta de validez en la acusación. El fondo del proceso era acallar la voz de Ricardo Flores Magón. El gobierno de Díaz ya había dicho antes que los liberales, en sus intentos revolucionarios, eran unos bandoleros al servicio de los Estados Unidos. Esto, para contrarrestar la simpatía que el pueblo les tenía. Díaz fué el primero que utilizó la palabra filibustero para aplicársela a los liberales, con el fin de desprestigiarlos en todo el país.

Además, soltaron la versión de que Ricardo Flores Magón intentaba segregar la Baja California en connivencia con los Estados Unidos, para entregársela. Ricardo protestó enérgicamente en varios artículos publicados en *Regeneración*, diciendo que nunca había tenido la idea de separar la Baja California de la República, sino que, al igual que el resto del país, su deseo era entregar al pueblo la tierra de la que había sido despojado, y entregarle también los instrumentos de trabajo.

— Todo este infundio fué una conspiración contra Ricardo Flores Magón para nulificarlo como revolucionario ante la opinión pública mejicana.

—¿Quiénes estaban en la conspiración?

— Es una historia muy larga y con muchas ramificaciones. No sería posible narrarla en pocas pa-

labras. Toda está en mi libro. No podría en este momento señalar directamente nombres, sin entrar en todos los sucesos que se confabularon para eliminar a Ricardo Flores Magón del escenario revolucionario y marcarlo con un estigma que perdura hasta nuestros días. Mis investigaciones y las hechas por el profesor Pablo Martínez sobre este asunto vienen a refutar los embustes que se han sostenido sobre Ricardo Flores Magón. Embustes que aún persisten.

— Una última cosa — dice la señora Turner —: El título de *México bárbaro* fué idea de los editores, y se refiere al trato bárbaro del régimen de Díaz al pueblo de México, pero no tiene ningún reflejo sobre el pueblo mexicano en sí.

John Kenneth Turner regresó a México a fines de 1912. Durante la Decena Trágica fué arrestado y estuvo preso en la Ciudadela varios días. Turner pidió protección a la embajada norteamericana, pero al enterarse el embajador norteamericano Henry Lane Wilson de su personalidad, lo abandonó. Las protestas que en los Estados Unidos hicieron en su favor su mujer y sus amigos lo salvaron de una muerte segura, pues estuvo dos veces en capilla. Turner destruyó en la cárcel una carta que Madero le había dado para que las autoridades civiles y militares le otorgaran toda clase de facilidades para sus investigaciones. Al quedar libre, se marchó de inmediato a su país.

Regresó nuevamente a México en 1914, cuando la invasión norteamericana. Indignado por el acontecimiento, escribió un folleto llamado «Manos fuera de México». En 1921 nuevamente viene a México, esta vez con el objeto de enterarse del pensamiento de los hombres que entonces estaban en el gobierno. En esta ocasión entrevistó varias veces a Antonio I. Villarreal, quien era secretario de Agricultura en el gabinete del general Obregón.

Hemos presentado aquí, a grandes rasgos, una imagen de John Kenneth Turner, el autor del sensacional libro *México Bárbaro*.

ROSA CASTRO

MISCELANEA PAUL RIVET

POCO a poco, con nuevos descubrimientos se precisan los principios del poblamiento del Continente americano y con las fechas obtenidas mediante el radiocarbono se obtiene una base cronológica segura, con un margen de error más o menos pequeño (1).

Los primeros testimonios de la industria humana encontrados en Norte América parecen ser los de *Tule Springs* (Nevada) (2) en donde, con huesos carbonizados, aparecieron restos de animales extintos — camello, caballo, elefante, bisonte — de una especie antigua extinguida y que el radio carbono fecha hacia 21800 a.d.n.E. Se trata de lascas y nódulos tallados de un aspecto muy rudo y que, comparados con los del Viejo Mundo, se clasificarían tipológicamente entre las industrias más primitivas del paleolítico inferior.

La fecha obtenida por el radiocarbono parece referirse acaso a una capa inmediatamente anterior a la glaciación de Wisconsin y podría ponerse en relación con la época del loess de Peoria, entre las etapas glaciares de Iowa y Tazewell o tal vez — si Tazewell se desarrolla no lejos de 16000 — más bien pertenecería al interglaciador de Sangamon. Tales fechas plantean el problema de la cronología de la glaciación de Wisconsin que no es paralela de la europea de Würm como se ha venido creyendo, sino que empieza más tarde y dura también más que la europea. Efectivamente la fecha de radio carbono obtenida para la retirada de Hannover en Two Creeks en el lago Michigan — 9404 a.d.n.E. — algo anterior a la que en Escandinavia se obtiene para la oscilación templada que Alleröd — 9044 — fecha, no una de las etapas finales de Wisconsin — a diferencia de Alleröd, que se halla al fin de la retirada gotiglaciador ya después de las etapas mayores del Würm y precediendo la última detención del Finiglaciador — sino el tiempo anterior a la etapa de Mankato-Valders, que representa todavía un momento mayor de la glaciación después del cual se produce la gran retirada hasta la detención de Pembroke, que se fecharía entre 4500 y 3500 a.d.n.E., seguida de la nueva retirada de Timiskaming y, después de ésta, del readvance de Cochrane, que «tipológicamente» se ha comparado siempre con el Finiglaciador europeo (3).

Así, Two Creeks en 9404 no fecha las etapas finales del glaciador americano — como Alleröd en Europa — sino su parte más bien central.

Si los hallazgos de Tule Springs parecen indicar que el hombre entró en América en una etapa templada antes del desarrollo de la glaciación wisconsiniana, ellos

(1) Bibliografía, 2, II, 36, 52-3, 54.

(2) Bibliografía, 15, 25.

(3) Bibliografía, 2, 9. En 2 (Armillas) se dan las fechas de radiocarbono.

Asia y América en el Paleolítico

también parecen ser el punto de partida para el desarrollo y la extensión de una cultura que arraiga fuertemente en el occidente de los Estados Unidos y que se propaga hacia el sur hasta muy lejos, con largas supervivencias. Sería una cultura de recolectores cuyos utensilios consistirían principalmente en nódulos y lascas que reaparecen constantemente en el occidente de los Estados Unidos y de las Rocallosas y que perdura hasta muy tarde, a pesar de la infiltración de nuevas corrientes culturales que allí no llegan a tomar carta de naturaleza.

En la *Danger Cave* de Utah se halla la cultura de nódulos y lascas, fechada por el radiocarbono hacia 9300. Probablemente hay

llas en que aparecen los artefactos pertenecerían a los tiempos anteriores al principio de la glaciación wisconsiniana, asociándose con hogares y con huesos de mamíferos y conchas de moluscos comestibles que ahora se hallan más al sur en las aguas calientes mexicanas.

En toda la zona marginal de California desde muy al norte de ella y en concheros («shell-heaps») se observa la misma supervivencia de la cultura de lascas y nódulos que estaría en relación con los hallazgos de Renaud en Wyoming, poco tenidos en cuenta hasta ahora, con nódulos de cuarcita de formas comparadas con las hachas de mano y que parecen haber tenido una gran extensión en

mo es el caso del clactoniense de Europa y de desarrollos similares en otras partes. En una gran área desde el occidente de Europa, África y el Próximo Oriente es ofuscada por las culturas de instrumentos nodulares tallados en forma amigdaloidal (hachas de mano) (8). En la zona marginal del S. y E. de Asia, lo mismo que en Indonesia, la cultura de lascas y nódulos con partidores («choppers») se desarrolla pura en general, sin más que influencias e infiltraciones de las hachas de mano. Se trata de las culturas que, habiendo sido bautizadas con nombres locales, se llaman el *Soaniense* en el norte de la India (con cuarcitas trabajadas como hachas de mano), el *Anyathiense* de Birmania e Indonesia, el *Tampaniense* de Malaca y el *Patjitiense* de Java — la cultura del *Pithecanthropus* — así como en China el *Chukuteniense* — la cultura del *Sinanthropus*. Los últimos descubrimientos del Japón, publicados por Maringer (9), han revelado allí también, en su parte central *Gongenyama*, una cultura de lascas y nódulos, en la que se hallan a veces artefactos tallados de formas parecidas a las hachas de mano y hasta a las puntas musterienses.

Estas culturas parecen arraigar fuertemente en la mayor parte de dichos territorios y perdurar hasta muy entrado el mesolítico y los pocos instrumentos que se hallan en Java o en el Japón que recuerdan formas de las hachas de mano o de otros tipos del paleolítico inferior del occidente del Viejo Mundo no desvirtúan el carácter de cultura distinta de la de las hachas de mano propiamente dichas, manteniéndose el carácter de las tradiciones de las lascas y nódulos del paleolítico inferior. Estos mismos hechos se observan en la cultura americana de las lascas y nódulos en las supervivencias arcaizantes durante el mesolítico y hasta muy tarde en la cultura de Cochise o en otras culturas arcaizantes — de las que vamos a hacer mención — de más al sur en América.

Otro hecho interesante para el origen asiático de la cultura de tipo paleolítico inferior de América es la asociación de la asiática e indonesia con los tipos antropológicos del *Sinanthropus* y del *Pithecanthropus*, así como que el tipo neanderthaloide del *Homo Soloensis* de Java — posible prototipo de los desarrollos ulteriores, de los australianos y otros oceánicos — representa una supervivencia en el paleolítico superior, en la zona marginal, de fenómenos del paleolítico inferior. En China, en el paleolítico superior representado por la cultura del

por P. BOSCH GIMPERA

que poner en relación con esta cultura diversos hallazgos que no son fáciles todavía de fechar, realizados en distintos lugares del oeste y sur de los Estados Unidos, entre ellos los que son objeto del estudio de G. F. Carter (4) en otro lugar de este Homenaje al doctor Rivet. Parece que la cultura de nódulos y lascas tuvo una gran extensión desde la Rocallosas, por la Gran Cuenca, California y los Estados del sudoeste hasta la parte occidental de la frontera mexicana; y su ulterior desarrollo lo constituye la cultura llamada de Cochise, de esta localidad de Nuevo México, cuya primera etapa, Sulphur Springs, tiene una fecha de radio carbono de 5750 a.d.n.E. — desarrollándose posiblemente de 6000 a 4000 — seguida de la segunda etapa, Chiricahua, de 4000 (?) a 2000 ó 1000 — con una fecha de radiocarbono de 2006 — y de una tercera, San Pedro, en que el radio carbono da una fecha en 463 a.d.n.E.

Durante el desarrollo de la cultura de Cochise la recolección tiene formas progresivas, con piedras de moler y nuevos utensilios y con una agricultura rudimentaria atestiguada por el tipo de maíz primitivo hallado en la Bat Cave de Nuevo México, fechado poco antes de 3951 a.d.n.E. por el radiocarbono. Más tarde surge en el SO de los Estados Unidos, con herencias de Cochise y con nuevos elementos aportados de distintas partes, la cultura de los «basket makers».

Entre tanto en la zona marginal de California, región de San Diego, la cultura de los nódulos y las lascas parece haber comenzado muy pronto (Carter) y aparece en los aluviones sobre las playas del pleistoceno inferior formados cuando el mar era más bajo y el clima más húmedo y aque-

la Gran Cuenca, así como llegan a Nuevo México (Cerro Pedernal, valle del Rito en Encinas) (5).

En el área de San Diego esta cultura continúa en la llamada de *La Jolla* hasta muy tarde terminando por introducirse en ella las puntas de flecha neolíticas y la cerámica.

Efectivamente, después de la entrada y extensión de los cazadores en los Estados Unidos, parecen haberse producido mezclas de su cultura con la más primitiva de lascas y nódulos, encontrándose en algunas localidades puntas de proyectil que representan una evolución parecida a la del neolítico de América y del Nuevo Mundo. Se trata, entre otras de las localidades, de San Dieguito-Playa (California) — con raspadores, lascas y puntas — Pinto (California), Gypsum (Nevada) y Amargosa (Arizona) — con puntas y raspadores como los de la etapa Chiricahua de la cultura de Cochise — el lago Mohave (California) con una asociación semejante y el lago Borax (California) (6).

Dadas las raíces de la cultura de los concheros californianos en la cultura de lascas y nódulos — que comienza en un paleolítico muy antiguo — y su continuidad, a pesar de las infiltraciones de nuevos elementos, no parece que sea necesario para explicarla suponer una nueva inmigración mesolítica como ha querido Canals Frau (7) y lo mismo hay que decir de otras zonas costeras de América.

Si se trata de buscar los orígenes de la cultura de lascas y nódulos, pensamos en seguida en el paleolítico inferior del Viejo Mundo. Allí, desde un principio, en algunas regiones aparece pura co-

(5) Bibliografía, 4, 9, 39.

(6) Bibliografía, 4, 39.

(7) Bibliografía, 11.

(8) Bibliografía, 41, 42.

(9) Bibliografía, 24, 25.

interior. Supervivencias

Oraos y por la cueva superior de Chukutien, además de observarse la supervivencia de la cultura de lascas y nódulos, en la cueva superior de Chukutien en la antropología, parece haberse realizado una evolución hacia tipos distintos que, según Weidenreich (10) comprenden un tipo europeo, un tipo mongólico y un tipo melanesio, lo que indicaría en el paleolítico superior de China una evolución antropológica que va a parar, por lo menos en parte, a tipos que luego se hallan en Oceanía y que no faltan tampoco en Indocina, tales como los melanesios.

Más al sur de los Estados Unidos, la cultura de lascas y nódulos debió extenderse muy pronto y llegar muy lejos. En México, cuando llegaron los cazadores — que como veremos representan una nueva inmigración en América, posterior a la de las gentes de las lascas y nódulos — o se encontraron ya con las últimas o contaban en su utillaje con elementos de la cultura de las lascas y nódulos que acabó por predominar y por reaparecer sumamente pura. Con el hombre de Tepexpan el único artefacto encontrado fué una pequeña lasca con señales de retoque (11), mien-

tras que con los demás elefantes de Santa Isabel Ixtapan los hallazgos acusan que los hombres que los cazaban estaban en posesión de la cultura normal de los cazadores en Norte América. Pero más tarde, con fechas de radiocarbono entre 5404 y 3657 — o sea en los tiempos de las etapas de Sulphur Springs y de Chiricahua de la cultura de Cochise, en el Valle de México se halla una cultura muy pobre de lascas y nódulos que De Terra ha llamado *cultura de Chalco* (12).

Otros hallazgos mexicanos sin cronología tan segura revelan distintos aspectos de la cultura de lascas y nódulos. En la península de Baja California (13), en la región costera hay tierras pantanosas en donde se han hallado huesos de bisonte, caballo y camello y en que algunos huesos de bisonte con las puntas quemadas parecen indicar haber sido utilizados por el hombre. En el Norte de la península las *playas antiguas del lago de Chapala*, hoy desecado, aparecieron lascas y nódulos junto con puntas de proyectil que se comparan a las del Estado de California correspondientes a la época en que se había producido la infiltración de los tipos evolucionados de los cazadores (cultura del Lago Mohave, lago Bórax, etcétera, con puntas de proyectil. En la Baja California, además, la

cultura de las lascas y nódulos llega hasta muy tarde, pues se encuentra en concneros en que se asocia a cerámica de época colonial española y a enterramientos de los pericu y guaicurú.

En el norte de México se puede establecer una sucesión de hallazgos que comienzan con los de *Arroyo Chireras* (en el camino de Ciudad Victoria a Brownsville, en Tamaulipas), consistentes en hogares con huesos de elefante, que no sabemos rechar ni clasificar, si como paleolítico inferior o superior. Pero en las cuevas de la *Sierra de Tamaulipas* se encontró por Mac Neish (14) repetidas veces una estratigrafía que en su parte inferior tiene un estrato de gravas y arenas correspondientes al fin del pleistoceno o a un pluvial postpleistoceno con la cultura llamada «Foco Diablo» de artefactos de piedra tallada: raspadores, machacadores y piedras martillo que Mac Neish trata de fechar estimativamente de 18.000 a 4.000 a.d.n.e.; en un estrato superior se hallan puntas con entalladuras laterales, raspadores, grandes cuchillos y puntas triangulares, representando una cultura precerámica pero con agricultura («complejo Repelo»), siguiendo un estrato arcaico y otros más recientes.

En yacimientos de superficie de Tamaulipas (¿campamentos al aire libre?) y de Coahuila, hay una

cultura de lascas también con puntas de proyectil y con cerámica.

La cultura de lascas y nódulos se ha comprobado, sin elementos de cronología segura (15) en *Chinahuanua* (artefactos que se comparan a los de la cultura de Cochise), en San Luis Potosí (hallazgos comparados por De Terra con los de Chalco), en el Cerro de las Palmas de Tacubaya (México D.F.) en donde, sin embargo, un raspador y una punta de sílex se encontraron en una capa pleistocénica que contenía restos de elefantes. Finalmente en Mitla (Oaxaca), en yacimientos de superficie se hallaron núcleos o percutores, raspadores, lascas, algunas de aspecto «musteriense».

También en México y en Centro América (16) se han encontrado desde los tiempos de Hamy artefactos que tipológicamente se pueden relacionar con el complejo de las *hachas de mano*. En la *Cañada del Marfil* (Guanajuato) se halló una punta «musteriense» asociada con bisonte. En el *Río de Suchipila* (Jalisco) una *hacha de mano*. En *La Concepción* (Campeche) — hallazgos Engerrand — un taller al aire libre sobre un terreno calificado de plioceno, pero indudablemente posteriores, se encontraron hachas de mano amigdaloides, y ovaladas, núcleos de que se desprendieron grandes láminas, raspadores y lascas trabajadas. Además una industria de piedra tallada menos típica, con mezclas bastante tardías, se encontró por Mülleried en el *Petén* (Guatemala), así como se citan «hachas de mano» de Guatemala y de Honduras Británica.

(10) Bibliografía, 53.

(11) Bibliografía, 18 (p. 99, figura 2).

(12) Bibliografía, 17.

(13) Bibliografía, 4.

(14) Bibliografía, 33.

(15) Bibliografía, 4.

(16) Bibliografía, 4, 39.



Tres momentos de Bolívar

La historia comienza con unos cuantos vagabundos. Todos, ferozmente rebeldes. Dos de ellos se encontraron en Bayona, fugitivos de España. El uno era un fraile de Méjico a quien el arzobispo de una parte, y la Inquisición de la otra, venían observando con justo temor. Sorprendieron en sus sermones un acento sospechoso de libertad, y un afán de independencia mal disimulado. Lo enviaron a España en calidad de prisionero, para que esperara en las cárceles de los conventos un juicio que no parecía terminar jamás. El fraile se fugó y entró en Francia disfrazado de contrabandista. Se llamaba fray Servando Teresa de Mier. En Bayona encontró a otro personaje parecido. Este era un venezolano. Decía llamarse Robinson: era Simón Rodríguez. Había sido en Caracas lector de libros franceses, perdidamente amigo de las obras de Rousseau. Llevaba siempre consigo el «Emilio» y preconizaba una nueva pedagogía, un poco salvaje, con escenas de nudismo en los llanos. Pedía que el hombre se educara en contacto con la naturaleza, al aire libre, donde la personalidad se fortalece sin que la debiliten las rutinas de la corte. Todas estas cosas se toleraban al extraño personaje porque parecían inocuas. Pero un día hubo en la colonia síntomas graves de revuelta. Se sorprendió a unos españoles que leían libros franceses, y, entre esos libros, uno peligrosísimo del mismo Rousseau: «El Contrato Social». Eran conspiradores. Tramaban algo así como el destronamiento en América del imperio español. Entonces todo esto era una vaguedad, pero a los conspiradores se les fusiló, y sobre Simón Rodríguez cayeron sospechas de heterodoxia. Hubiera ido a pudrirse en la cárcel si no hubiese intervenido en favor suyo una importante familia de Caracas: los Palacio. Lograron que en vez de recluirlo, lo deportaran a Europa. Don Simón Rodríguez podría tener el Continente por manicomio. ¿Por qué intervinieron los Palacio en favor de don Simón Rodríguez? Porque don Simón Rodríguez era el maestro de su sobrino, de Simón Bolívar, único discípulo formal de tan extraño maestro.



nueva. El nacimiento en Roma pudo ocurrir en Monte Aventino.

Llegó Bolívar de 22 años, que es poco menos de la mitad de los que vivió en la dramática intensidad de su existencia. Murió de 47. Esos 22 que quedaban atrás habían sido una acumulación de experiencias humanas: la orfandad; las lecciones a campo abierto, en Venezuela, acompañado de Simón Rodríguez; el noviazgo, el matrimonio, la viudez; los viajes a través del Atlántico; las andanzas por media Europa; el goce de París hasta agotarse y consumirse de fiebre tocando las vecindades de la muerte. Ahora hacía este balance por las calles de Roma. Era el año de 1804. Veía llegar los carros tirados por bueyes hasta la plaza del Tritón, medio hundidos entre la basura los arcos triunfales, paseándose rebañados de ovejas por las ruinas de los foros, creciendo la yerba por las cornisas en donde vemos hoy moverse los gatos. Se agolparon en la imaginación de los dos Simones, de los dos vagabundos, de don Simón Rodríguez y de Simón Bolívar, las historias de Roma. Cinematográficamente se les salían de entre las malezas, redivivos, Marco Aurelio y Claudio, Livio y Agripina, César y Bruto, Catilina y Cicerón, Séneca, Nerón, Calígula, Trajano... y Rómulo y Remo, y los Gracos, y todos los héroes de la Iglesia, los papas y los mártires. La pálida silueta de Cecilia sofocada. La apolínea gallardía de Sebastián bañada por la gracia de Cristo. Las mismas cosas que hoy nos salen al paso, pero en aquel momento galvanizadas por la revolución romántica, sacudida Europa por los ejércitos de Napoleón, con Beethoven inventando su música en Viena, y la bandera exótica del libro de Chateaubriand enardeciendo a una nueva generación literaria. A Bolívar le luminaba, hasta impacientarlo en airada protesta interior, la sarcástica frase de Humboldt: «América tendrá que independizarse, pero no ha nacido el hombre que la conduzca a su liberación». Le aguijoneaban las palabras de Simón Rodríguez cuando lo recibió en Viena con

De Bayona salieron camino de París, fray Servando y Robinson. Caminaban, iban, como decía el fraile, en el caballo de San Francisco. Todo lo veían, todo lo criticaban, con cierto aire burlón, yo diría: volteriano. Sólo una cosa les importaba a los dos vagabundos: el tema de la libertad. Se habían revelado en Méjico y en Caracas contra todo poder que les cortara las alas. Tal vez América crecía desmesuradamente en su imaginación de revolucionarios. El romanticismo comenzaba a prender sus hogueras, y a esa luz hasta los indios de América resultaban extraordinarios. Se imprimían grabados representando al «buen salvaje» de América rompiendo las coronas de los reyes. Grabados de esta especie se ven en muchos libros de entonces, y por ello se comprende la parte tan decisiva que estas poéticas leyendas tuvieron en la formación del romanticismo. No hace mucho un historiador colombiano, Gabriel Jaramillo, sacó un catálogo muy ilustrado de este proceso que hace venir de América, a lo menos a Francia, la inspiración romántica. Los dos vagabundos de Bayona eran mensajeros de estas inspiraciones, calentados por las historias de la Revolución Francesa.

Llegaron a París. A fray Servando le dieron la administración de una iglesia parroquial, y en la casa cural estableció con Robinson una escuela para la enseñanza del idioma español. Salíó por aquellos días un librito de profundas resonancias poéticas, en donde se hacía una novela de los indios que vagaban por la América del Norte, en los contornos del Niágara, con la más sublime orquestación de la selva americana. Era «Atala» de Chateaubriand. Los dos vagabundos se entregaron furiosamente a traducirlo, y así apareció la primera versión española del gran poema romántico de Francia, casi simultáneamente con la edición original francesa.

Fray Servando se vino a Roma para que el Padre Santo le solucionara los problemas que tenía pendientes con el Santo Oficio de Méjico y le autorizara a salir de su convento, quedando como sacerdote secular. Robinson anduvo mucho, pero un encuentro feliz puso en sus manos la oportunidad de hacer unas lecciones que vendrían a influir en un cambio de la historia de América. El encuentro fué con su primer discípulo, con Simón Bolívar, el tercer vagabundo de esta historia. Todos hablaban caminando. Caminando por los caminos de Europa, durmiendo a veces en las posadas, a veces en los establos, de pronto trepándose a una carreta para mirar al cielo, tendidos sobre el heno peregrino.

II

Era Simón Bolívar un joven viudo, si español — o vasco — de familia, lo más venezolanamente venezolano que pueda imaginarse. Había llegado a París en plan de ahogar la tristeza de su idilio truncado. En su patria había visto morir a su mujer cuando apenas comenzaba a saborear los goces del amor. La Europa del momento era la de Napoleón, que pasaba de primer cónsul a emperador. Bolívar llamaba a Napoleón «el caudillo» y se rebelaba contra el caudillo. Admiraba su talento militar, le embriagaba la música retórica de las proclamas, pero lo encontraba despótico. Pensaba Bolívar que el calendario de la libertad se quemaba en las manos de Napoleón. Cuando en las reuniones sociales se encontraban Simón Bolívar y Simón Rodríguez con las pobres gentes que le hacían coro a Bonaparte. Rodríguez, el maestro, sonreía con aire volteriano. Bolívar, no; Bolívar estallaba con tal imprudencia que hacía temblar a sus amigos. Cualquiera día podrían echarlo de París. Era Bolívar el tipo de los americanos mal hablados que hemos sido siempre nosotros. A lo mejor, veía en Josefi-

na la emperatriz de las Antillas, una Marina como la de Hernán Cortés, que se unía a Napoleón fascinada por sus glorias imperiales.

En Bolívar, primero fué la libertad. Luego fué América. De América conversó a fondo un día con Humboldt. Aquel día en que el sabio le dijo: «La única solución para ustedes es la independencia, pero no ha nacido el hombre que haga esa guerra».

Tal vez en ese momento la ambición y la inercia pesaron tanto en la balanza del nombre indeciso, que resolvió su vida en un tumultuoso rodar por Europa: de París a Londres, de Londres a Lisboa, de Lisboa a París, de París a Viena. ¿Qué lo llevo a Viena? Acercarse de nuevo a su maestro, a Simón Rodríguez. Simón Rodríguez daba en Viena lecciones de química. Estaba harto de Simón Bolívar, porque lo encontraba demasiado mundano, nada pedagógico. Pero esta vez Bolívar llegó enfermo, azotado por la fiebre, deshecho. Al borde de la cama hablaron. Simón Rodríguez le dijo: «Usted tiene el mundo en sus manos y se consume en placeres estúpidos: ¡hay que luchar por otras cosas!» Bolívar se incorporó, se le fué la fiebre, y echaron a andar... Llegaron a París. Llegaron a Roma. Iban de la mano de Rousseau, a campo traviesa. Por tierras campesinas, deteniéndose en posadas en que se sentía el calor de las vacas y se oía al amanecer el clarín de los gallos. Y hablaban. Como dos rebeldes de Venezuela, como dos soñadores de América. ¡Ah, quién pudiera rehacer los diálogos, repetir las paradas de los trotamundos, hablando por tierras de Francia, de Suiza, de Italia! Hasta llegar a Roma.

III

Bolívar nació en Caracas. Bolívar nació en Roma. Bolívar nació en Cartagena. ¿Dónde nació Bolívar? Cada vez, donde la suerte le puso en contacto con una vida

en Roma

por Germán Arciniegas

estos sarcasmos: «Vete a divertir, busca mujeres, no me interrumpas, que yo trabajo, enseño, hago algo por la humanidad...»

Caminaban por entre las ruinas tirándose zarpazos con las palabras de Cicerón que don Simón Rodríguez arrancaba al silencio de los foros. Pensaban en Marco Aurelio, en Trajano, en Cincinato, y se revolvían contra la España de Carlos IV, el infeliz; de María Luisa, la que pintó Goya; de Godoy, favorito. Soñaban en América, y la veían iluminada a la luz de la libertad. Caminaron largamente por los foros, subieron y bajaron por las colinas. Por la del Capitolio, por la del Palatino. Iban rozándose con la historia de las dictaduras militares, de los emperadores pavorosos. Siguieron hacia el Aventino. Caía la tarde. Llegaba la noche. Surgían, vivos, los recuerdos de los Gracos. De sus luchas contra la dictadura militar, de su distribución de las tierras que se habían acumulado en manos de los ricos para entregarlas al pueblo, del formidable empuje revolucionario que encarnaban sus leyes y que conquistó el afecto del pueblo. Si en la historia de Roma surgían, frente a los despotismos, los campeones de la justicia, los oradores de la libertad. La historia de los Gracos fué creciendo en los diálogos entre don Simón Rodríguez y Simón Bolívar cuando, bajando el Palatino, cruzaron el Circo Máximo y se aproximaron al Aventino. El Aventino era la colina de la plebe, de los humildes que soñaban con la libertad, de los revolucionarios, de los Gracos. La colina era agreste, como convenía al espíritu romántico de los dos caminantes. Cada paso que daban ellos, era sobre una tierra cargada de historia, de historia batalladora. Pasar del Capitolio al Aventino era cruzar una

frontera. Dejaban a las espaldas la colina de la Oligarquía, avanzaban a la colina de la Democracia. Pero los dos caminantes no hablaban ya de Roma, sino de América. Los ejemplos heroicos que se acumulaban en estos paseos se descargaban en discursos sobre la servidumbre y la libertad de América. Ascendiendo al Aventino, las ruinas del palacio de los Césares, a la distancia del Palatino, mostraban en sus arcos y muros derrumbados una fabulosa imagen en terracota de granjeza vencida, piadosamente envuelta por la luz de cobre de los soles de Roma. El Aventino parecía un cerro de anacoretas, y lo había sido. De santos, y allí habían buscado refugio los santos. De conspiradores, y habían vivido, también allí, los conspiradores cristianos. Parecía, exactamente, un trozo de Venezuela, metido en el corazón de Roma. De la Venezuela agreste que comenzó a dibujarse como un monte revolucionario en la imaginación de los dos Simones. Llegaron a la cumbre. Miraron al pie las aguas verdes del Tiber, blanqueadas por los huesos y la ceniza de la historia. Las aguas a donde fueron arrojados los cadáveres de los Gracos. Pasaban bajo los arcos de la muralla imperial, y lamían los bordes del castillo de los papas. Se animaba y desnudaba la leyenda de los siglos, traspasando apenas una colina de pobreza, en el corazón de la Roma popular. Simón Bolívar, romántico, furiosamente romántico, se transfiguró. Hizo el juramento que venía madurándose en su espíritu. Juró hacer la guerra de América, expulsar a la oligarquía española, defender a los humildes y tornarlos de siervos en libres, desterrar de las colonias a los amos de tres siglos. En ese día cambió el rumbo de su vida. Nació el Bolívar

libertador, en un lugar sagrado de la Roma democrática, sagrado también para la democracia de América.

IV

Pasaron dieciocho años. Simón Rodríguez siguió con su profesión de vagabundo caminándose el mapa de Europa. Fué a establecer una escuela de primeras letras en Rusia. De cuando en cuando le llegaban noticias increíbles del hijo del Aventino. Había llegado a Caracas a hacer la guerra. Lo habían derrotado una, dos, tres, no sé cuántas veces, y cada vez que lo derrotaban volvía a nacer. Pero cada vez más atrevido y resuelto. Más audaz, más adorado por el pueblo, más temido por el viejo imperio español, que iba derrumbándose ante sus acometidas. Quedará ese imperio, pensaría Simón Rodríguez, como las ruinas del Palatino.

La casa para el César fabricada — yace, ¡ay!, de lagartos vil morada...

Ya el don había pasado de Rodríguez a Bolívar. Ahora era Simón Rodríguez quien iba a aproximarse, en América, a don Simón Bolívar, Libertador por voluntad de sus pueblos.

En 1822, Bolívar estaba aún lejos de haber alcanzado el triunfo total de la revolución. Era un luchador y nada más. Había desatado en Venezuela la terrible guerra a muerte, había errado por las Antillas pidiéndoles apoyo a los negros de Haití; había escrito cartas a los ingleses para que se deran cuenta de la importancia de la guerra americana, y de sus grandes dificultades; había ganado batallas que representaban la independencia de Venezuela y de la Nueva Granada; quedaba por darse la batalla del Ecuador. Estaba casi intacto en el Perú el grande ejército de España. Aún no existía el eslabón físico que uniera a los ejércitos de San Martín que luchaban en el Sur, y de Bolívar, que hacía la guerra en el Norte. Bolívar, más que un símbolo de gloria, era un símbolo de lucha. En los suplicios de la última pacificación española, seis años antes, habían perdido la vida las nobles figuras de la independencia colombiana. Entre la Nueva Granada y el Ecuador se interponía la resistencia de piedra de los realistas de Pasto. Bolívar, sin embargo, romántico invencible, escribía a San Martín:

«De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas, ninguna es tan gloriosa como la presente, en que desprendidos los imperios del Nuevo Mundo de las cadenas que desde el otro hemisferio le había echado la cruel España, han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado... Hemos expulsado a nuestros opreso-

res, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas... La asociación de los cinco grandes Estados de la América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa... ¿Quién resistirá a la América unida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?»

Las hazañas de este guerrero llegaban a través de las gacetas europeas a oídos de los amantes de la libertad como una nueva historia fabulosa. En las tabernas de Europa, en las posadas a orillas de los lagos de Suiza, en la Venecia de los espejos móviles, y aquí en la Roma que va del Aventino a los foros, se hablaba de Bolívar como de una leyenda en marcha, sustituto de la de Napoleón. Una leyenda lejana, medio salvaje, maravillosa por la fuerza de los Andes misteriosos que la servían de pedestal y de fondo. El espíritu de Bolívar parecía, como el de los Gracos, desprenderse del corazón de los montes.

V

La Italia de ese tiempo era también una Italia en la que los carbonarios lanzaban ideas revolucionarias, conspiraban en sus logias contra el poder de los austriacos, se enfrentaban a la Santa Sede y preparaban el Resurgimiento. El secreto de sus reuniones, la bandera verde, roja y negra, su ansia de libertad, formaban un clima ideal para los vagabundos románticos ingleses que llegaron a Italia, en parte expulsados por la buena sociedad de Londres, en parte en busca de sol. Lord Byron, después de una serie de escándalos que lo pusieron en estado de guerra contra la sociedad inglesa, encuentra en Venecia y en Ravena nuevo campo para sus amores, y una oportunidad para hacer nueva vida de revolucionario. El es quien ayuda con dinero a los carbonarios, les alienta en las logias, esconde las armas en su casa. Un día el conde Pietro Gamba, asustado por las requisas, envía a Byron con un sirviente un saco lleno de bayonetas, algunos mosquetes, un centenar de cartuchos. «Por suerte salió a recibir el peligroso encargo el mayordomo italiano de Byron. Si se hubiera consignado el bulto a cualquier otro personaje de la casa, a Tita el gondolero o a William Fletcher, Byron habría sido denunciado inmediatamente a la policía pontificia». Luego, vinieron algunos triunfos de los anticarbonarios. El rey de Nápoles se entendió con Metternich y fué revocada la constitución liberal; los ejércitos austriacos se enfrentaron a las tropas de los patriotas;



El Bolívar ecuestre de Pietro Canonica

Tres momentos de Bolívar en Roma

con la batalla de Rieti los monárquicos obtuvieron una ventaja grande sobre la vanguardia liberal. Era lo que Byron necesitaba para hacer más interesante su vida. Aparecer cesariano los peligros. ¡El primer poeta de Europa, el augurante vandy de la City, metido en las intrigas de la revuelta cianuesana! En segunda viene la lucha por la independencia de Grecia. Byron se convierte en el gran europeo interesado en levantar el espíritu de los griegos. Grecia para él es un símbolo nacional. Cuando en Kavena primero, y luego en Pisa, Byron se une a Sney y a Leigt Hunt, las tertulas se convierten en cenáculos políticos inflamados por el espíritu liberal. El romanticismo se vuelve un tema revolucionario, de revoluciones prácticas. Shelley sabe que Keats se encuentra grave en Inglaterra y lo invita para que se venga a Italia. Es todo un congreso de románticos, en donde Hunt vuelve a revivir sus estimulantes lecciones de insurgencia, como cuando en el «Examiner», en Londres, era el centro de atracción de los nuevos poetas. El mar atrae a la aventura de estos ruidosos idealistas. Byron se hallaba mejor en el agua: siendo gran nadador no se le notaba la cojera. Shelley no sabía nadar, pero encontraba fascinante el fondo fosfórico de las aguas marinas que le tentaban al suicidio. Se hicieron dos barcas, Shelley le dio a la suya el nombre de «Ariel». Escogió la espiritual figura de la «Tempestad», tal como lo vino a hacer ochenta años más tarde el uruguayo Rodó buscando en Ariel un símbolo para América. Byron dio a su nave el nombre de «Bolívar». Ya está dicho: pensaba en el Bolívar de 1822. El Bolívar que se debatía en plena lucha mortal. El Bolívar modelo para los guerrilleros de Grecia, el Bolívar que podría levantar la fe revolucionaria de los patriotas italianos. Byron, para encontrar un símbolo a sus ambiciones de libertad europea, escogió el nombre del gran luchador americano. En el fondo de los revolucionarios italianos había una inclinación americana. Uno de los primeros grupos de luchadores por la independencia se llamó los «Bersaglieri Americani». Cuando llegue el momento culminante, Garibaldi llevará como antorcha a Anita, la brasilera, que se consumirá en su propio fuego en la pineta de Ravena, donde anduvo tantas veces soñador Lord Byron. Son hilos de la historia que se entretrejen en un juego sin cálculos del destino. Cuando Shelley naufraga, y rescatado su cadáver recibe el fabuloso homenaje de Byron, siguiendo el rito griego, hay un personaje simbólico que asiste al funeral en espíritu: Bolívar. Fué colocado el cuerpo de Shelley sobre la pira. «Trelawny arrojó in-

cienso y sal sobre la leña y vino y aceite sobre el cuerpo. El aceite y la sal dieron a las llamas una vividez deslumbrante, fulgurante. Hunt, observando desde la carroza de Byron, que no tuvo el coraje de abandonar, notó «la increíble belleza de las llamas que subían al cielo en crepitante furia. Parecía que llevasen en sí la esencia de la virilidad... Era tan violenta la radiosa conjunción del fuego y del sol, que la atmósfera en torno parecía temblar. En tanto, el cadáver se abrió dejando ver el corazón (que Trelawny quiso rescatar en seguida sacándolo de las brasas). Se abrió el hueso frontal y el cerebro de Shelley en el cráneo destrozado sobre los leños devorados por el fuego, literalmente se quemó, hirvió como en una olla por un rato. Esta última escena fue algo que impresionó profundamente a Byron... Luego esta visión lo disgustó y tornó a nado al «Bolívar».

En los propios días en que ocurrían estos naufragios y extrañas ceremonias en una costa del mar de Liguria, Bolívar en Guayaquil, libertado ya el Ecuador, se echaba la tarea de concluir bajo su responsabilidad única la guerra de independencia de Suramérica. El general San Martín se alejaba en un barco de retorno al Perú, y ponía en manos de Bolívar el destino final de la guerra.

VI

Entró Bolívar en Roma en 1804 como un vagabundo, peregrino, romántico, del brazo de Simón Rodríguez. Volvió en 1822, idealmente, para que Byron hiciera de su nombre la mascota de los revolucionarios ingleses, que lo mismo querían la independencia de Italia que la de Grecia. El último viaje de Bolívar sería ya en caballo de bronce, y en nuestros días.

Han pasado 135 años de la batalla de Ayacucho a hoy. Han transcurrido 150 de los primeros gritos de independencia a estos días en que veinte repúblicas libertadas aún luchan en América por afianzar su democracia, por consolidar su independencia, por hallar las fórmulas de justicia que el pueblo reclama de sus conductores. Queda en medio de la conclusión de los tiempos, un escudo de bronce para nuestra defensa: la fe que puso Bolívar en sus guerras absurdas, la fe que le permitió ganar la victoria con soldados sin coraza. Esto, y nada más, esto y nada menos, representa la estatua de Bolívar que hoy se encuentra en el patio de villa en que hasta no hace muchos días vivió el escultor Pietro Canonica.

Es una estatua que representa al guerrero de Caracas tal como debe ser. El caballo es uno de esos caballos recios, sufridos, du-

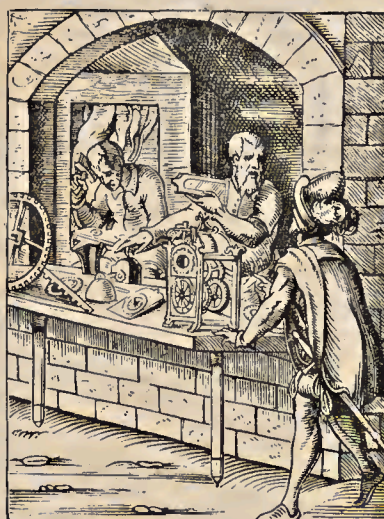
ros, que subían de los Llanos, en donde arde un fuego infernal, a los Andes, donde el hielo quema la vegetación. Bolívar iba del Orinoco a Lima en un caballo así. Ir del Orinoco a Lima es como ir de Calabria a pelear a Finlandia, pasando por los Andes, mil metros más altos que los Alpes. Y no corriendo por estradas romanas, ni por las campiñas de Francia, ni por los jardines de Bélgica, sino por la cordillera rajada en abismos por los terremotos, con valles ardientes y picos de nieve, siempre peleando. Bolívar, reugiado en las Antillas, hizo un regreso a Venezuela que se ha comparado al de Napoleón después del Elba. Pero Bolívar no fué a unirse en Venezuela a un ejército como el francés, con águilas de campanario hasta posarse en las torres de Notre Dame, sino a encontrar unos jinetes desnudos que en las orillas de la pampa deserta temblaban de soledad y de fiebre. Bolívar encontró nieves mortales como las de Napoleón en Rusia, no en una estepa

sino en la cima de los Andes, y empujándolas, abrió camino a unas victorias que lógicamente son inexplicables. Lo movía la fe en la revolución, el sentido de la gloria puesto en la libertad. Hay muchos Bolívares. Hay Bolívares que mueren y renacen en muchos sitios del globo. Pero uno inmortal: el Libertador.

Ese Libertador, sencillamente montado en un caballo venezolano, que se terció la capa militar como si fuera capa española y tiene cierto perfil galante muy a lo Byron, fué el que vió Canonica para vaciarlo en bronce. Nos parece a nosotros que este bronce que así está buscando ahora en Roma en dónde reposar, se ha fundido con el de las campanas que han repicado a gloria en los campanarios de nuestra independencia. Es un bronce que suena y que resuena. Maravillosamente resonaría sobre la cima del Aventino, donde otra vez el fuego ideal de la lucha templaría su calidad eterna.

GERMAN ARCINIEGAS

Una profesión tradicional:



A medida del tiempo ha pre-ocupado siempre al hombre de no importa qué época, pero precisó la pérdida de miles de años antes de que el ingenio humano pudiera conseguir un proceder mecánico capaz de dividir rigurosamente el tiempo en intervalos iguales. No obstante, antes de poseer las obras maestras de precisión que son nuestros cronómetros actuales, el hombre no estaba tampoco desprovisto de medios de estima suficientemente justos, puesto que le permitieron, de muy antiguo, elaborar las teorías de una ciencia compleja: la astronomía.

Según todas las apariencias, el

más antiguo instrumento para medir el tiempo, actualmente conocido, fué inventado en Caldea hace de ello miles de años. Trátase del «gnomon», cuyo uso se prolongó hasta más acá de la Edad Media. En su origen es una varilla vertical en cuya base el sol inscribe su curso por la proyección de una sombra más o menos larga, según las horas. Seguidamente, para obtener mayor precisión, se dió inclinación a dicha varilla, según la oblicuidad del polo y sobre un plano horizontal.

Menos conocido que ese cuadrante solar lo es el ingenioso «polos», igualmente caldeco, más preciso, el cual consiste en una piedra cruzada en media esfera figurando la bóveda del cielo invertida. En el centro la punta de un estilete indica constantemente la posición del sol por una sombra marcando una gradación grabada en la concavidad del «polos». Equinoccios y solsticios léense directamente y asimismo la inclinación en grados del elíptico. En esto equivale, en cierto modo, a la «esfera armilar» que nos legaron los griegos.

La «Clépsidra» fué un enorme progreso en el arte de medir el tiempo. En su «Diccionario de la arqueología egipcia» Pierret hace remontar el uso de aquella a la XVIII dinastía, o sea entre 1590-1320 antes de nuestra Era. El propio Pierret deja entender que la «Clépsidra» procede también de Caldea, pero en todo caso fué por intermedio de los fenicios que el

Los valores humanos

Progreso y materialismo

En esos momentos de soberbia, de rebeldía contra la Naturaleza, cuando el materialismo histórico de Marx cree haber encontrado los resortes esenciales de la historia humana, cuando los más recientes inventos inician la revolución de los medios de intercomunicación de los hombres, es precisamente cuando el mundo se entrega decisivamente en manos de la tecnocracia, que pretende abarcar con toda precisión los más complicados problemas sociales. El hombre se ha rebelado contra la Naturaleza, le ha ganado posiciones, el mundo moderno se ha convertido en una serie de enmarañados problemas, de artificios utilitarios que será difícil desenvolver con soltura. La técnica — que no es nueva porque según Spengler ya el hombre primitivo tenía la suya — se ha perfeccionado magistralmente y hoy se producen en serie todos los ar-

por QUEZALA GOCHI

ticulos necesarios y superfluos, de que la humanidad hace uso. Las industrias han absorbido la arcaica y lenta artesanía, bajo el signo mecánico de su técnica nueva, en el gran torbellino humano de las grandes ciudades. Las multitudinarias y soberbias factorías, el fenómeno social de las agrupaciones sindicales acaparadoras del trabajo y defensoras de sus derechos económicos, el conocimiento más amplio de los horizontes geográficos y espirituales de la humanidad, la limitación de la libertad natural de los campos, y un sinfín de ingredientes más, han acabado por convertir al hombre moderno en especialista de determinada ocupación complementaria para el servicio general y colectivo, mediante una remuneración más o menos equitativa que le permita subvenir a

sus más perentorias necesidades vitales. El hombre moderno vive en un inmenso horizonte de técnicas múltiples, distintas y eficientes. Se ha endiosado a la técnica, mientras el espíritu de moralidad ha ido perdiendo eficacia y brillantez. Los hombres de nuestros días dan mucha mayor importancia a cualquier invento mecánico, que a todas las invenciones del espíritu especulativo. Y sin embargo, el «Quijote» de Cervantes, la «Crítica de la Razón Pura» de Kant, y otras obras por el estilo no dejarán nunca de ser auténticas cimas del pensamiento humano, mientras que cada máquina de las que hoy se consideran como deslumbradoras maravillas de la técnica, no tardarán mucho tiempo en ser eliminadas por la producción del más inmediato futuro.

La técnica está muy bien, como medida del progreso, que es verdaderamente admirable en nuestros días. Pero el genio de la humanidad está mucho más alto, porque sin él, no habría sido posible ni siquiera el descubrimiento del más rudimentario mecanismo. El pensamiento del hombre de espíritu, sin sentido alguno utilitario, va por delante, como una gran antorcha guiadora, sin la que todo el tecnicismo mecánico se estrellaría ante la más desolada e inútil sinrazón. La cultura no es ya tan sólo patrimonio de unos cuantos privilegiados. El analfabetismo es combatido arduamente en todos los países de la tierra. Pero aún falta mucho por hacer. Porque no es sólo y precisamente analfabeto aquél que no conoce el significado de las letras, sino también muchos de los que presumen de saber leer y escribir. El analfabetismo es una ceguera mucho más profunda que la de la simple lectura. Casos hay, desgraciadamente, en que incluso podríamos catalogar a los mismos profesores como analfabetos auténticos, aunque ellos opinen lo contrario.

EL PORVENIR DEL MUNDO

El ya antes mencionado filósofo español, José Ortega y Gasset, en su obra «La rebelión de las masas», habla de «la altura de los tiempos» y analiza con cierta agudeza el fenómeno del progreso. Nosotros podríamos hablar también, tal vez con un poco de suficiencia soberbia, de que la humanidad se ha convertido en adulta repentinamente en menos de un siglo. Hasta mediados del XIX, la humanidad tenía mucho de infantil, de novelera, supersticiosa y timorata. Pero, con los más recientes adelantos, se ha convertido en orgullosa, valentona,

materialista, incrédula y satisfecha de sí misma. Los hombres de nuestros días miran hacia el pasado con una conmiseración protectora y en ocasiones despectiva, como si ellos no formasen parte del gran curso de ese río humano que los ha traído hasta estas amplias márgenes y que es, en síntesis, la vida. El practicismo actual, altanero y vanidoso, no quiere creer en nada de lo que la tradición de sus antepasados le dejó, porque lo juzga fabuloso, legendario, fanático y hasta inconsciente. Quieren cortar el hilo. Pero ¿estamos acaso seguros de que hoy vivimos con más verdad que aquéllos que soñaban una existencia poética y estoica, nosotros, escépticos, estoicos, que no vemos otra realidad que la del materialismo numismático, capaz de satisfacer nuestros desmedidos apetitos y nuestras sensualidades inmediatas? ¿No será ésta una misión netamente animal?...

El tema es incitante y de una amplitud inabarcable en los breves límites de un veloz ensayo. Estamos en una época de técnicas mecánicas y de egoísmos materialistas desenfrenados y brutales. El hombre moderno no tiene tiempo para entregarse a la meditación, al análisis de los movimientos íntimos de su espíritu y parece una máquina también, de rudimentario engranaje, que no piensa si quiera que a lo mejor lleva una estrella enterrada en su corazón. El porvenir del mundo, bajo tales circunstancias, es un tanto oscuro. Ya decía el gran poeta francés Paul Valéry que también las civilizaciones saben ahora que son mortales... Las épocas de decadencia suelen sobrevenir precisamente en los momentos menos espirituales de la humanidad. Y este fenómeno no ha sido aún, que nosotros sepamos, suficientemente estudiado por los filósofos de la Historia. FIN

LA RELOJERIA



ingenio penetró en Grecia. En cuanto a los egipcios, estos utilizaban once siglos a.d.n.E. en concurrencia con el «Tcheu Pei», bambu de ocho pies de largo traspasado por un agujero oval de una docena de puñadas, permitiendo obtener la hora observando el desplazamiento de una mancha luminosa.

Más preciso que el reloj de arena del cual todo el mundo conoce el funcionamiento, la «Clepsiara» tenía por elemento motor un líquido que se derramaba en proporción regular y conveniente dentro de un recipiente graduado; en donde aún, la altura del líquido desplazaba un flotador accionando un cuadrante.

Perfeccionamientos constantes dieron a la «Clépsidra» una precisión notable; tanto es así que el escritor griego Athenea atribuye al filósofo Platón, cuatro siglos a.d.n.E., la invención de un reloj nocturno cuya característica era emitir son de flauta para dar las horas. Vitruve cita a un mecánico de Alejandría, Ctésibus, quien, cien años a.d.n.E., utilizaba ruedas dentadas para accionar la aguja de sus «clépsydras».

Estas fueron de uso constante hasta el siglo XII, siendo algunas de ellas verdaderas obras de orfebrería y de ingenio, dando, el historiador Eginhard, con profusión de detalles, la descripción de la «Clépsidra» ofrecida a Carlomagno por el célebre califa Arumarm-al-Raschid.

El porvenir del mundo

conocemos, no aparece hasta el siglo X gracias a un monje apudada Gerber, que llegaría a papa con el nombre de Silvestre II. Su reloj sustituye al agua por un peso que acciona al mecanismo. invento particularmente el escape, que permanece aún en nuestros días la pieza maestra del reloj.

A partir de 1120 hállase mención del campaneo mecánico en los «Usos» de la orden de Cîteaux recomendando al sacristán de disponer sin falta el campaneo del reloj a fin de que, al sonar, despertara a los monjes antes de «maitines».

Bajo Carlos VII nació, en fin, el muelle en espiral, que permite la realización de relojes de pequeña dimensión, y luego, en las postrimerías del siglo XV, el reloj de bolsillo de uso personal, el cual rápidamente tomó formas múltiples. Algunas muestras daban la hora y servían incluso de encendedor. También los hubo para incrustar en una sortija. El reloj que regalaron a Enrique VIII de Inglaterra, tomaba cuerda para ocho días. ¡Nada nuevo bajo el sol!

La relojería ha dado celebridad a numerosos artesanos y a varios sabios, entre ellos el británico Sully, y sobre todo el holandés Cristián Huyghens, todos los cuales aportaron al desarrollo de la industria relojera lo más rico de sus conocimientos.

E. Mc. F.

SOLIDARIDAD OBRERA
SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF

Cortés y Cuauhtémoc :

El argumento esgrimido en pro del homenaje a Cortés, que en ocasiones llega hasta pelear la destrucción del de Cuauhtémoc, es éste: no hablamos náhuatl sino español; lo que nos da unidad hispanoamericana, y con ello personalidad universal, es la lengua de Cervantes y la cultura mediterránea iberizada, llegadas a nuestras tierras en el apogeo de España. El argumento alcanza a veces agresivos términos: ésta es la única dignidad que podemos presentar ante el mundo; sin ella — sin la cultura española, dignidad única — sacrificáramos todavía a nuestros hermanos ante el altar de Huitzilopochtli, el cuerno de obsidiana sustituiría a la cruz del Gólgota, los támenes no numeran sino liberados por el animal de carga, nos vestiríamos con buñadas telas o simples taparrabos, nos tocaríamos con plumas, beberíamos pulque y mezcaval en vez de leche de vaca y vino de uvas latinas, vendríamos el pelo más lacio o erizado, la piel más oscura, los labios más gruesos y prominentes... Por este camino el argumento original, discutible pero no vituperable, sigue una marcha sectaria hasta llegar a burcos extremos de fanatismo confesional y aun de bárbaro racismo nazi, tan cnabacanos o tan odiosos que no merecen el menor comentario. La única aseveración que queda en pie es la de los quilates de la cultura occidental, sembrada a sangre y a fuego por la conquista española.

Alfonso Reyes ha escrito una frase en su «Visión de Anahuac» que, como muchas de las suyas, es un fino esquema de la revuelta realista: se rompió la vasija de barro en el choque con la vasija de hierro... Sólo un apasionado del otro extremo puede decir que las culturas indígenas alcanzaban el punto de avance, en el momento de la conquista, que la cultura española. Hermosas teogonías, aciertos astronómicos, maravillas arquitectónicas y bellezas artísticas ponen a nuestras culturas indígenas al lado de las de Egipto y Babilonia, pero no llegan a equipararlas con el mundo grecolatino ni con el cristiano del siglo XVI. Tampoco puede ocurrírsele ignorar a ningún cerebro normal y sereno que nuestra fraternidad con millones de hombres descansa en el común denominador hispánico, ni que tal hecho es en verdad el que nos da prestancia internacional y puede darnosla mayor el día de mañana. Tampoco pasa de ser simple ilusión cándida o furibunda el decir que de no haber venido España hoy hablarían y escribirían en una lengua indígena los mil grupos de América.

Por otra parte, la lamentación es no sólo absurda, sino inútil en todos los órdenes. La realidad es que triunfó la cultura europea sobre la americana, la cruz sobre

LA polémica de la conquista toca de paso, pero no se refiere estricta ni principalmente al problema de la cultura en América. Es problema mayor, de vida, de justicia. Se resolvió en favor de la libertad política de América, esto es, de la organización, como pueblos libres, de los grupos humanos que formaron el Imperio español. Los españoles y los hispanoamericanos que, por pasión o con dolor, envuelven un problema en el otro, semejan a los avestruces que sepultan la cabeza en el polvo y dejan al descubierto el cuerpo y el corazón ante la permanente existencia del derecho del más fuerte. Al negar México un monumento al conquistador no se lo niega a la cultura española de la que forma parte, y en primer término no se lo niega tampoco a la compleja personalidad del extremeño sino al derecho de conquista.

la piedra de sacrificios, los bergantines sobre las piraguas de Xochimilco, Salamanca sobre Tenochtitlan, Sevilla sobre Uxmal, el alfabeto latino sobre el jeroglífico, el libro sobre el códice, la pólvora sobre la necha, el caballo sobre el jinete, sin lograr — y a veces sin querer — destruirlos del todo. De la batalla en que triunfó España, pero en la que no desapareció el indio, salió la mezcla y el injerto que produjo a nuestras nacionalidades hispanoamericanas, infelices y revueltas.

por Andrés DUARTE

coloridas y extraordinarias, con una personalidad que no alcanzaron otras tierras colonizadas como son las de África, con más saber que otras en que el indio desapareció de la escena.

Pero entre reconocer estos hechos — el triunfo de los conquistadores españoles, el mayor poder y desarrollo de la cultura de que procedían, nuestra actual categoría hispánica — y cantar la Conquista y la Colonia, y atribuirle a la primera el derecho de juzgarla y a la segunda el de esclavizar a los pobladores de América, media sencillamente un abismo. En estos cantos sólo pueden entretejerse los ingenuos o los propagandistas por interés o por odio, quienes tienen — por supuesto — su también necia, torva o sucia contrapartida en los que se dedican a crear la leyenda negra de España y la leyenda idílica de los imperios indígenas. Una cosa es la cultura española del siglo XVI como punto de partida de nuestra presente filiación cultural, y otra las violencias que la conquista cometió y la injusticia social edificada durante la Colonia. Nuestras presentes lacras son hijas, en gran medida, de las que trajo el español del siglo XVI, de las que tenía el indio de 1492, y del asalto vencedor, a mano armada del uno contra el otro, aparte de complicaciones posteriores. Falta tanto el que presenta

la leyenda negra de España como el que inventa la leyenda color de rosa del indio, y viceversa. No ha de atacarse a la Conquista española por española, sino sencillamente por conquista, como habría de condenar a la conquista protestante o mahometana o judía que hubiera hollado la tierra y los derechos ajenos. Es posible que el repartimiento y la encomienda españoles hayan sido más tolerables para los indios que las guerras sagradas de los aztecas, seguidas de espeluznantes sacrifi-

cios, pero no por eso va a entornarse un mismo al repartimiento y a la encomienda. No por señalar lo peor vamos a elogiar lo malo, y menos podemos rogar por su supervivencia. No porque nuestro padre el conquistador haya traído mejores armas y haya impuesto instituciones ligeramente menos injustas que el sacrificio sangriento de los vencidos en la guerra, podemos aplaudir el esclavizamiento del indio para beneficio del primero. Y, en suma, no porque conquistador sea nuestro abuelo ni porque haya sido osado y valiente como lo fue, vamos a celebrar la trágica victoria del atropello de que nacimos. Si nos montáramos en esa actitud de pasión racista y de furia religiosa, ¿con qué razón podríamos censurar la pasión y la furia de los que, recordando al también abuelo indígena, derrotado y villendado en su propia casa, alzan diariamente tan fuertes como inútiles dictérios contra la cultura española? Por esa negra ruta no se marcha hacia la edificación espiritual que necesitamos, sino a romper y desarticular cuanto ha podido hacerse y organizarse en el siglo y medio de vida independiente.

Con la cultura española nos liga todo, a ella pertenecemos; con la Conquista, nada, aunque de ella hayamos nacido los blancos, los mestizos y los indios que ha-

blamos español. Con el indio de ayer la cultura nos liga menos, aunque nuestros numerosos hispanoamericanos — hablo de México, del Perú, de Guatemala, de los demás países en que el indio fue fuerte y numeroso — estén transidos de su presencia. De todos modos avasalla al numerador indígena la sólida base del denominador español común. Pero nos ligan al indio la posesión de la misma tierra, la admiración por sus artes — de las que somos herederos — y el heroísmo con que defendieron nuestra tierra de la intromisión extranjera. Si nos satisface haber heredado una lengua universal, la lengua española ¿cómo no va a satisfacernos igualmente tener a la vista, como ejemplo y lección dados sobre nuestro mismo valle, la resistencia épica ante el ataque de un enemigo superior? El mexicano de hoy tiene — admitido — la lengua española como arma de defensa; pero aún más timbres de defensa hay en el recuerdo del emperador azteca. No le levantamos monumentos por azteca, ni por odio al español, sino por heroico. Como también nos toca la entraña, aunque de más lejos, el nombre de Viriato y las defensas de Numancia y de Sagunto. La España ibérica latinizada por la conquista romana no olvidó para la integración de su personalidad el nombre de sus defensores, aunque hable una lengua latina. ¿Cómo hemos de negar nosotros el lazo sentimental y el ejemplo moral de los abuelos indígenas que resistieron a los conquistadores españoles, sólo porque hablamos la lengua de éstos?

Pero no es eso sólo. El indio no es sólo historia y arqueología, sino presente vivo y viviente. Está presente el indio que habla español, y vale en el gobierno y en las letras, y se llama Benito Juárez, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano. No hay arte mexicano, ni hecho histórico mexicano, en que falte la figura de un indio, o cuando menos de un mestizo de fuerte porcentaje nativo. No es justo, ni razonable, ni digno, restar de nuestra tradición la parte de ella que vemos todos los días en la canción, en la danza, en el libro, en la calle, en nuestras venas y en nuestro corazón de hombres y de amigos. Si esos indios hablan español y pertenecen a la cultura hispánica, los blancos de México llevan como un trasfondo de su sensibilidad la huella del indígena. Y, al lado de blancos y mestizos, fué el indio Juárez, de pura raza zapoteca y de lengua española en su vida cultural y política, el símbolo de la defensa nacional. Muchas sombras ha arrojado el partidismo contra Juárez, pero el sitio que tiene en la historia de México y de las libertades humanas, resiste y resistirá a investigadores mal intencionados y a iracundos impugnadores. Parafrá-



Hispanismo, indigenismo



seando un conocido decir, podemos nosotros asentar que «lo Cortés — sería mejor decir lo Cervantes — no quita lo Altamirano». En el desarrollo de nuestra cultura mexicana es suicida arrancar la raíz española, pero también cercenar las ramas del árbol regado y crecido con sangre y alma de la estirpe de los primeros pobladores.

Pero el indio mexicano no sólo es el abuelo heroico y artista, ni sólo el mexicano defensor de la nacionalidad y creador de cultura, sino la base más desgraciada de la población nacional. Vencido en la guerra de defensa, incorporado a la fe católica y luego disciplinado y sometido por la superstición religiosa, explotado por los triunfadores y por los hijos de los triunfadores durante la colonia y la independencia, y también por sus mediohermanos los mestizos y algunos de sus hermanos de sangre indígena encaramados al poder y a la riqueza, el indio forma hoy parte de la gran mayoría desgraciada. No por ser de sangre indígena se es peón de campo y obrero mal pagado, puesto que también mestizos y blancos corren la misma suerte en la defectuosa organización económica de nuestros días; pero el hombre de origen indígena todavía tiene menos oportunidades para emanciparse que el nacido en capas más afortunadas. Y en los lejanos campos hay tribus indígenas que no disfrutaban de las ventajas de la civilización. El indigenismo o la idolatría de tipo racista no tienen justificación; pero hay un indigenismo social y cultural — la justicia para el explotado, la incorporación para el olvidado, la reivindicación de los valores del discriminado — que no puede dejar de ocupar todo pecho noble. En el campo de la acción social este indigenismo, sigue y seguirá siendo deber y necesidad indiscutible, imperativo irrenunciable. El que en México niega al indio en nombre de prejuicios racistas y señala como inherentes a la raza indígena inca-

pacidades y taras, inconsciente o mañosamente está hablando contra el desheredado y el oprimido, y abogando por la continuación del crimen y del privilegio.

Piden estatua para Cortés los estudiosos de la historia — o mejor dicho, de la historieta intrascendente y superficial — y los justipreciadores de nuestra cultura hispánica. A veces detrás de su propio pecho, sin que se atrevan a revelárselo a sí mismos, y en ocasiones de manera clara y dolosa, late un deseo de elevar al que ha estado arriba y de sumir más al que ha estado abajo. Día llegará, sin duda, con el paso del tiempo, la remezcolanza de México, los nuevos emigrantes, las nuevas guerras, los nuevos problemas avasalladores del mundo moderno, la evolución del concepto de patria y la nueva organización universal, en que la estatua de Cortés no signifique el canto a la conquista, sino tan sólo el reconocimiento y el cultivo de nuestra más profunda raíz, la cultura hispánica. Pero hoy no puede todavía asignarse a Cortés el símbolo de la cultura española, sino de muy clara manera el de la Conquista, y mientras sea así sólo el hispanismo ingenuo o la hispanidad militar y clerical humeante de guerra y ansiosa de nueva batalla por la autoridad de ayer, pueden pedir su monumento. Toda glorificación que pueda revestir el aspecto de aplauso de la fuerza y de la injusticia social, aunque se haga en nombre de la cultura, producirá mañana movimientos peor encaminados. En los países fuertes fomenta el ansia de expansión y predominio; en los países débiles algo peor: la pérdida de la galvanización necesaria, en un universo lleno de peligros para defenderse y sobrevivir.

Los preocupados por la honra de la cultura española pueden estar satisfechos: en la ciudad de México y en todos los rincones del país se levantan monumentos a los misioneros, ¿Acaso no bastan las estatuas de Colón y de Vasco de Quiroga, las calles de Isabel la Católica y de Pedro de Gante y de Motolinía? Y es significativo que sean los grupos liberales los que hayan insistido en la recordación del misionero. Es que en ellos, rebeldes por su santidad a la misma Iglesia, de airada manera en Las Casas y de manso modo en Motolinía, no puede verse ni un asomo de bendición de la Conquista, sino sólo de la cultura maridada, como debe hacerlo la cultura, a la defensa del vencido.

Se han escapado en este escrito algunas menciones al Cortés hombre, soldado y gobernador; pero no hemos querido entrar en la delicada materia. Requeriría mucha investigación y reflexión larga. Fue Cortés un hombre extraordinario, un soldado excepcional y un diestro gobernador. Su energía

y su habilidad sorprenden, maravillan, hacen temblar, repugnan, irritan. De la admiración se pasa a la indignación. Sus dotes de gobernante fueron grandes, y también sus virtudes. Su conducta en cuanto a la raza vencida fué mucho mejor que la de otros conquistadores, sobre todo si se la juzga dentro de los conceptos de su tiempo. Si nos ponemos dentro de éstos, el conquistador extremeño merece la estatua. Pero dentro de esos conceptos no debe ponerse, ni debe intentarse que se ponga, un pueblo libre que nació de una conquista y en cuyo cielo ha existido siempre la turbonada de la Conquista. Además, no puede descuidarse un hecho fatal de su biografía, que resulta desgraciada y decisivamente simbólico: el ahorcamiento de Cuauhtémoc. No sabemos lo que pasó dentro del pecho del conquistador en el momento de la más negra sombra de su vida. No podemos juzgar con exactitud las circunstancias guerreras o políticas que puedan explicar el tremendo mal paso. El mal paso está allí, y le fué funesto en su vida — como lo apuntó Bernal Díaz — y le ha sido y le sigue siendo peso abrumador en su historia. Ojalá que algún día pueda limpiarse al hombre de tan terrible maldición. El corazón humano, temeroso ante lo fatal, conector de las encrucijadas que hay en el camino, se niega a sentenciar sobre un suceso que oscureció para siempre a un hombre y rebajó definitivamente los quilates de una figura histórica. Ante semejante drama el corazón humano no sentencia, pero tampoco puede dejar de condenar, sin juzgar sobre las atenuantes y las eximentes de la ejecución. Mas, lo menos importante es hoy aquel hombre — Cortés — y su horrible cadena. Lo importante es que en él todo resulta simbólico, y también en Cuauhtémoc, y queda la aterradora impresión de que la estrangulación de Cuauhtémoc es el más torvo símbolo: la victoria del más fuerte requería la desaparición del vencido, ya entregado y desarmado, ya vencido y postrado. Es imposible hablar del monumento a Cortés, al lado del de Cuauhtémoc, sin pensar en que se levanta una estatua al matador del símbolo vencido.

Sólo quien lleva la justificación de la conquista hasta su último y absurdo extremo, sólo quien crea que el triunfo de los españoles debió ser absoluto y no dejar piedra entera ni hombre vivo, sólo quien crea que el mundo indígena debió ser muerto y enterrado, puede olvidar la tremenda hora de Cortés. Quizá este hecho de guerra, si se pudiera escarbar en la historia, podría considerarse accidente, incidente, sólo historieta. Pero no puede. Y la puerta para la glorificación de Cortés se cierra herméticamente.

ARTE Y ARTISTAS



PICASSO EN SALA GASPAR

Estas horas aún tenemos acontecimiento artístico con la exposición de 30 cuadros firmados Picasso. Con este motivo las campanas patrióticas han sido echadas al vuelo, igual que cuando el recibo de los despojos de Juan Ramón Jiménez y de Manuel Falla; lo mismo que sonarían a todo dar si Pablo Casals se dignara, en España, acariciar con músicas las asnales orejas del franquismo; ítem más, si las cenizas del poeta libre Antonio Machado fuesen devueltas a su «patrio suelo» y las balas falangistas que le perforaron la nuca a García Lorca pudiesen ser atribuidas a la «canalla roja»...

Nadie le llama ahora comunista a Picasso y todos «ellos» se encandilan con su obra, no por ella en sí, sino porque el artista naciera en un lugar de España. ¡Tan escaso de valores anda el franquismo!

Las 30 producciones presentadas fueron escogidas por Picasso mismo. Marcan ellas su sorprendente trayectoria de 60 años. Tantas variaciones, tantas facetas, tantos «estilos» no concitan al contemplador a garantizar un estado de evolución pictórica en el artista. De la línea helénica pura (*Joven fumando*) a las capciosidades de Vallauris, ha pasado por el trazo cubista, por la concepción superhumana de la figura, por los más inconcebibles estados de ánimo por los cuales el gran pincelista crea, sugiere, improvisa y diseña para otras acometidas con otros tantos atisbos o aciertos geniales. Cuantos traten de definir a Picasso yerran lastimosamente, pierden su tiempo y arriesgan el crédito de entendidos que sus críticas habladas o escritas les hayan proporcionado.

Como figurista Picasso nos convence ampliamente, diremos en color, lineado y psicología. Tal vez en esto último el salto vaya de Goya a Picasso, y si Franco tuviese que ser pintado por este malagueño-barcelonés-parisino que tan buen recreo se da cerca de Italia, no le garantizaríamos que saliera menos bestial que los Fernando VII salidos de la intencionada paleta del genial chato Don Francisco, el exilado de Burdeos...

Gente en Sala Gaspar, mucha. Nostalgia, en todos. — C. Barcelona.





LOS LIBROS

«JARDIN DE ACRACIA»

Dos haces de poesías firmados Solano Palacio y Astru Astur. Editorial «Más allá», Colón 2361, Valparaíso (Chile).

Cerrado el libro en su página 82, sacamos en limpio que el fuerte de Solano Palacio no es la poesía, sino la prosa de combate. Por inteligencia este autor logra pulsar la lira, pero demasado fuerte, a veces con ira. En cada verso se ve en Palacio al hombre pasional, tal vez amargado, nunca al escéptico, lo que en este mundo de contradicciones es mérito grandísimo. En prosa como en verso (en esto transpira aquello) se adivina al ser en constante tumulto, en rebeldía permanente, en trasiego interminable por los azarosos caminos de nuestro pequeño y guijarroso universo que es la Tierra.

Idealista trashumante, viajero empedernido por insatisfacción de paisajes geográficos y humanos, el autor no se desgaja, sin embargo, de la nostalgia de la tierra. Ni se despega de sus problemas: cada vez que su pueblo está en peligro Palacio atraviesa el Océano para plantarse en el corazón de Asturias donde tomar arma y ser uno más en la defensa, que ¡ay! quebró dos veces: en 1934 y en 1937; dos derrotas crueles, extremadamente dolorosas que pudo sobrevivir y cuyo recuerdo lo mantendrá lacerado por todos los días de su existencia. Y esto, tan terrible, tan trágicamente hermoso —aun está por hacer el poema del minero heroico!— hace cúmulo en el pecho del hombre sensible, exasperable, si bien profundamente humano. Y tenemos que en «Jardín de Acracia» Solano Palacio vacía sus pesares, sus angustias, sus rabias, consiguiendo, en ráfagas felices, alguna nota de dulzura nacidas por contraste al influjo de un cielo cargado de metralla fascista:

*Contra su pecho, amorosa,
su hijo la madre estrecha,
mientras por dormier arecha
la muerte más espantosa.
De aquella carne de rosa
blanca, suave, perfumada;
de aquella dulce mirada,
de aquella risa inocente
quedarán seguramente
fragmentos, despojos, nada...*

Siempre la obsesión de la derrota de Octubre, la visión de los compañeros caídos a su lado en los montes astures durante la guerra, el crimen latente de los bombardeos «por Dios y por la Patria», en el frente, en Barcelona, en Madrid y la «sans façon» de la retaguardia en Valencia.

Solano Palacio en todo estilo revela su verdad única de combatiente y de idealista empecinado. Sus poemas van derechos a Acri-

cia sin que por ahora hayan alcanzado su Jardín. Se abren camino, se abren camino...

La segunda parte del libro está dedicada a la presentación de un bardo asturamericano: Astru Astur, de la misma escuela poética que Palacio, esto es, dado a la poesía descriptiva, ilusionada y acusatoria. Ignorado el texto original inglés, podríamos suponer en las composiciones influencias del traductor, que es el mismo poeta que lo antecede. Sin embargo, cuando Astur se sale de la polémica tiene atisbos evasivos motivados por el trato insoportable de una humanidad imposible:

*La Luna no tiene ríos
ni tiene tampoco mares;
tiene claros atavíos
que son los cambios lunares.*

Es la pausa que se busca el gladiador que no conoce reposo, aunque, como persiguiéndose a sí mismo, deja al astro ajeno tranquilo para volver a lo «nuestro»:

*Burgués, quítate el sombrero
y arrojalte a resar
pues por aquí va a pasar
el entierro de un obrero.*

Si, al que produce pan y comodidades se lo pagan así: con un entierro sin saludo de bienhallados. Siempre la injusticia, siempre el combate! ¿Cómo, en luchador impetuoso, se puede conseguir poesía rosa, o de confitería?

En la brecha, en la barricada, cada verso es un cartucho más que uno quema. Y esto va para Solano Palacio, para Astru Astur y para cuantos artificieros de la Revolución pretendamos cabalgar el Parnaso. — J. F.

«EL LUGAR DE UN HOMBRE»

Novela de Ramón J. Sender, nueva edición a cargo de «Ediciones CNT», Tamaritipos, 170, México 11, D. F.

No hay hombre, por mínimo que parezca, desconsiderable en el mundo. Es la moraleja que se desprende, a buen seguro, de esta obra.

Su ambiente rural, es de primera fuerza; es médula, y razón de ser del drama. Su desarrollo, seguro e infaliblemente conducido, nos recuerda la obrera de Navarro Costabella, si mal no recordamos: «Els sòts feréstecs» (Los sotos salvajes). La aldea gris, adosada al monte perdido, sin atracción para el visitante obligado o casual que por visión fugaz y externa todo lo ve monótono y apagado cuando, en verdad, la pequeña población agazapada en sus centenarios muros alienta un volcán de pasiones apenas contenidas, que cuando estallan...

El benjamín de la minúscula sociedad, el centicento, el «bon a rien», sufre constantemente la última miseria del lugar, de niño, de rapaz, de mozo. El último en haber trabajo, él; el primero en recibir ofensas, él. El único a soportar burlas de «ellas», él también. Por no servir, ni servir al Rey. Para mucho le falta hombría. Casará, al fin, con la joven más sucia, desgredada y aborrecida del pueblo; la cual, despertado el instinto de hembra, se lavará, pelará y acilalará cuidadosamente revelando en ella un agrado natural hasta aquí desconocido. Fatalmente, a escondidas otros hombres robarán al protagonista la intimidad de su refugio: el hogar que no debe a nadie, que se pro-



curó él mismo...

Y un mal día el desdichado desaparece. Puede haber sido asesinado. Cobró once pesetas de su trabajo y dos aldeanos vecinos pueden habérselas robado con sangre. La suposición en la guardia civil se convierte en delito verdadero. El martirio y la tortura moral obran maravillas y dos infelices verán destrozado su hogar y rota su vida. Por un pelo salvan la cabeza, pero son 30 años de presidio. El personaje político paga la acusación y el personaje opuesto se despreocupa: no hay honra ni provecho en defender asesinos... Mas el pleito termina en lo político, siendo lo de menos el drama de tres hombres.

15 años después. En el desierto vecino hay huellas de un monstruo humano. Lo apresan y resulta ser el desaparecido. No ha habido, pues, crimen; es decir, si lo ha habido, correspondiente a todos: a los «civiles», al juez, al tribunal, al vecindario, a los amigos... ¡Mentira, mentira todo! Y sobre esa horrenda verdad humana y los males que la misma ha comportado, un pobre infeliz, un salvaje recuperado, se asegura con insolencia no manifestada un puesto en la vida.

Obra realista, fuerte y única esta del amigo Sender, que sin titubeos recomendamos. — J. F.

«COMO GASTA EL ESTADO EL DINERO DE LOS ESPAÑOLES»

por Vicente de Sebastián, libro salido de las prensas de la *Imprimerie des Gondoles*, 4-6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).

Vicente de Sebastián es hombre máximamente interesado por las finanzas y como español desea que las de su país sean lo más sanas posibles. Sin pasión política aparente, Sebastián se ha acercado a Europa y a España desde su refugio sudamericano para estudiar cabalmente la economía franquista, de cuyo desarreglo tanto sufre nuestro país. Cada cual le toma el pulso a su nación según sean sus preferencias. Vicente de Sebastián toma por el ángulo fiduciario, y vista objetivamente la situación receptiva y distributiva del Tesoro que por irritación las autoridades llaman «público», emite un fallo o una resultancia antifranquista, que des-

de el punto de vista político el autor habría descuidado.

«Cómo gasta el Estado el dinero de los españoles» es una requisitoria formidable contra la forma que tiene de administrar el caudal español el Gobierno de El Partido; alegato tanto más apasionante y creíble por cuanto Sebastián ha trabajado sobre cifras oficiales y en completa independencia de partido. Leyendo ese libro se viene en la cuenta de que Sebastián es un ferviente de la verdad



«cifrada», de la rigidez contable, del resultado lógico. Las cifras —generalmente astronómicas— colman los deseos ingresistas del Gobierno, y éste, en lugar de distribuir la cuantiosa energía del país en beneficio del mismo la dilapidada en enormes gastos de partido, en el mantenimiento de insólitas burocracias, en el favorecimiento intensivo de la Iglesia, del Cuartel, de las instituciones represivas, destinando muy pobre cosa a la Escuela, a la Industria, al Comercio, al Agro, a la Marina, al turismo, al transporte terrestre y aéreo, al deporte, al descubrimiento de riquezas naturales, a la ciencia, etc., tanto como decir que el régimen gasta en lo negativo lo que podría dedicar a lo constructivo.

En síntesis, «Cómo gasta el Estado el dinero de los españoles» ofrece al antifranquismo un argumento de orden económico y de primera mano. — J. F.



La Escena

«El cardo y la malva»

NO va mal el teatro en los madriles. Cuando se habla de crisis escénica hay que referirse siempre al mediocre nivel de las producciones —salvo el grano del pajar— y no a la mala voluntad del público, ese conglomerado anónimo pero espeso, que, pese a la disgregación intelectual operada en veintitrés años de totalitarismo «azul» (las camisas tales ya han perdido color, aunque no la negra entraña de sus propietarios), acude, sí, señores, acude. Entonces paso a Paso (Alfonso) en su entrada en el Recoletos llevando debajo del sobaco el libreto de «El cardo y la malva», comedia blanca con altibajos risoteros y sentimentales que si mérito tiene es el de salvarse del ripio cuando éste parece tener el terreno preparado. La obra, decididamente incursa en el género «mortal de necesidad», fué celebrada gustosamente por ese público que toma partido por el teatro y por elloheroicamente lo concurre. Actuaron con acierto Mary Carrillo, Charito Maldonado y resto de la compañía.

«Por ejemplo, enamorarse», ocurre en el Alcázar y en un asomo de zarzuela apalabrada por Alfonso Paso, el imprescindible, y musicada por Cayetano Luca de Tena, éste sobrio, escueto, para un autor desbordante. No hay asociación estricta entre Paso y Luca, o entre verso y pentágrama. En lugar de su música reflexiva, ponderada, el maestro estaba obligado a seguir el tren juguetero, caracoleante, de su compañero o cerrar piano. Claro que de libertad no hay que privar a nadie; pero tampoco al público de los altos se le pueden atajar las disconformidades. Aciertos, ambos autores tienen algunos, pero como queda dicho, cada uno por su cuenta. Quede, pues, el «Por ejemplo enamorarse», como ensayo para coincidencias futuras. Diana Maggi, muy movida, muy apta para las socarronerías. Ismael Merlo convenció más como hombre de tablas que como cantante.

En el Cómico se estrenó «Dos noches de boda», pieza humorista debida al invento de José Alfayate y Rafaela Rodríguez, conflictos casamenteros, de convivencia conyugal que dan tema para siempre aunque las pequeñeces y las grandezas matrimoniales vengan de viejo. José y Rafaela (autores a la vez que actores) despertaron la hilaridad general por lo cómico que es reír conflictos ajenos ocultando cuidadosamente los propios.

En Barcelona hubo estreno de ópera española en el Liceo. Se trata de «La cabeza del dragón», novela de Valle Inclán musicada por Ricardo Lamote de Grignon. La música de Ricardo parece más

propicia para públicos «tecnicistas» que para espectadores exigentes de melodía. A medida que transcurre la obra los personajes se definen musicalmente y tal vez sea éste el trato de conciencia que el meritísimo Lamote le ha dado a su obra, que con razón fué celebrada. A esta función se le quiso dar categoría de solemnidad, y la tuvo artística. Hasta los topes del segundo al quinto; pero el patio de butacas presentaba claros.

En el Talía, Carlos Llopis se pregunta: «¿Qué haremos con los hijos?» Efectivamente, ni el autor sabe qué hacer con ellos visto que en la trama solución no aparece ninguna. Se trata del drama íntimo —y corriente— del padre que no consigue enderezar la conducta tortuosa de los hijos, con los cuales transigirá para evitar males peores... Aquí surge pavoroso un problema social que el señor Llopis no se atreve a afrontar por lo de «tranquilidad y buenos alimentos».

Con respecto al Talía, un aplauso al actor Martínez Soria por haberlo conrado, reformado... y salvado de la codicia de banqueros y empresarios de cine. Ahora que las tablas están de enhoramala resulta grato poder felicitar a una persona que, desdeñando palabrerías sabe proceder con hechos.

En el Guimerá se da «El triángulo blanco», comedia original de Jaime Salom. Motivos familiares sometidos en escena, a la acción, en diálogos impecables y con profundidades humanistas. La madre, con el hijo y la nuera. Incompatibilidades caseras sin base para un argumento superior... aunque se trate de un «relator» que, redactivamente, está magníficamente dotado. — C.



La Pantalla

Polémica sobre «Hiroshima»

(TRES OPINIONES)

EL film de Alain Resnais, Hiroshima, mi amor, ha suscitado en todas partes, acaloradas discusiones y actitudes contradictorias de admiración entusiasta y violenta repulsa. Se trata de una obra que tiene la gran virtud de no dejar a nadie indiferente.

Seguramente interesará a nuestros lectores conocer la opinión sobre esta cinta de tres personas muy autorizadas en materia cinematográfica. Son ellas: Jerzy Toeplitz, historiador y crítico de cine, director de la famosa Escuela Cinematográfica de Lodz (Polonia). Alexis Klapler, antiguo asistente de dirección de Dovjenko y destacado argumentista del cine ruso. Y Jean Douchet, crítico muy exigente del semanario «Arts».

Como podrá ver el lector, aunque estos tres juicios sobre Hiroshima son en conjunto favorables, no dejan tampoco de diferir en algunos aspectos esenciales. Este es el motivo de que los hayamos seleccionado, a fin de contribuir con nuevos puntos de vista a la apasionada controversia provocada por Hiroshima.

F. PINA

JERZY TOEPLITZ:

QUIERO decir algunas palabras a propósito de un film del cual soy un gran devoto: *Hiroshima, mi amor*, de Alain Resnais. Resnais es un francés, el autor del argumento es Margarita Doras, francesa también, y lo mismo ocurre con Emmanuelle Riva, protagonista de la cinta. No tiene, pues, nada de extraño que el drama de Hiroshima se haya enfocado a la manera de la heroína europea. Pero en esta película figura también un japonés, personaje que repite en varias ocasiones: «Tú no has visto nada en Hiroshima». Nosotros sabemos que él si ha visto y ha sentido las cosas de modo diferente a la francesa con quien está ligado por una noche de amor. El film no dice nada de cómo este japonés ha visto Hiroshima y cómo ha vivido en ella. Quiero que se me comprenda bien: no reprocho en absoluto a los autores de haber olvidado este aspecto del problema. Tal vez no estaba en sus posibilidades, o tal vez lo han querido así. Por otra parte, el film hubiera podido ser aplastado bajo la presión del segundo drama, muy poderoso también por cierto. Y esto no estaba sin duda en la intención de los autores. Para mí, no se trata tanto del film como del problema mismo. En la obra de Resnais, el Japón, Hiroshima y hasta el japonés que aparece en ella, no son más que accesorios. Accesorios de gran importancia, es cierto, elevados al rango de símbolos, pero mostrados exclusivamente con una perspectiva europea, desde el punto de vista del europeo. ¿Es que los cineastas ja-

poneses no hubieran sabido presentar el mismo drama, la misma historia, partiendo de su propia perspectiva, de su propio punto de vista? Hubieran hecho probablemente una película totalmente diferente, una película que yo quisiera ver algún día, en la que se mostrara la colisión, el conflicto de dos culturas, de dos actitudes diferentes, aunque los acentos fundamentales fuesen comunes y coincidentes: acentos de amor, el anatema lanzado contra la guerra, contra la maldición de Hiroshima y contra el espectro de la destrucción atómica. Quisiera ver un film que, observando la profundidad y los valores artísticos de Hiroshima, no fuese una nueva versión de Madame Butterfly o de Sayonara...

ALEXIS KLAPER:

PARA que se comprenda bien lo que he sentido viendo esta película, deseo establecer un paralelo entre *Hiroshima* y un film soviético que tiene evidentemente el mismo tema: *El último disparo*, de Chukrai. Todo el mundo recuerda el argumento: durante las hostilidades que enfrentaron a las tropas blancas del almirante Kolchak y del general Denikin contra las tropas revolucionarias, una valerosa joven, ardiente comunista, es encargada de vigilar a un oficial blanco. El azar lleva al prisionero y a su guardiana a una isla desierta. Se aman, y el amor acaba por imponerse sobre las normas austeras del deber político. Pues bien; para lograr que el público aceptase este amor de dos enemigos de clase, fué preciso que el novelista Lavre-



HIROSHIMA, MI AMOR

niev, el realizador Chukrai y sus actores consiguieran una obra de tal calidad artística y tan enorme belleza, que los espectadores empezaron por comprender, luego por perdonar y, finalmente, por «compartir» este amor. El triunfo de esta película fué, entre nosotros, el equivalente de una explosión atómica.

¿Qué es lo que vemos en Hiroshima? Una francesa amante, en tiempos de guerra y ocupación, de un soldado alemán. Pero en vez de hablar de él y de ella, aquí sólo se nos habla de ella. En efecto, el autor se limita a «comunicar» al espectador el punto de vista de la mujer, jamás el de su pareja. Aceptamos esta comunicación porque nada de lo que vemos nos pone, efectivamente, en el trance de aceptar o de perdonar este amor, y ni siquiera de creer que haya sido posible. Formuladas estas reservas, digamos que Hiroshima constituye un verdadero fenómeno artístico. A nuestro juicio, instaura un nuevo lenguaje cinematográfico, un lenguaje que será el normal en el cine de mañana. Y, por otra parte, este lenguaje está servido por un intérprete de veras excepcional: Emmanuëlle Riva. Se acepta sin reservas todo lo que hace esta mujer. Me encanta su personaje. Me fascinan sus movimientos, su manera de caminar, de hablar, de ser siempre humana.

JEAN DOUCHET:

CON *Hiroshima, mi amor*, Alain Resnais plantea en términos de cine, las preocupaciones estéticas modernas de las otras artes. Rompe el cuadro del recitado narrativo e introduce la técnica novelesca tan cara a Faulkner: el pasado de los personajes o el pasado histórico aflora esporádicamente a la superficie del presente y, por su sola presencia, envenena a este presente. Por lo demás, al introducir el cine en el cine, Resnais se equipara con los trabajos literarios más recientes de un Klossovsky o de un Borge-se; nos ofrece la reflexión al segundo grado y nos invita al juego del espejo (se podría decir que Cervantes, por su manera de concebir el segundo tomo de *Don Quijote*, esbozó ya este juego del espejo). Así también un musicólogo podría divertirse buscando en el ritmo y el montaje de *Hiroshima* la influencia de Stravinsky. En fin, pictóricamente, este film evoca el cubismo: Picasso y Braque. Moderno, *Hiroshima* lo es todavía más por su tema. Es la tragedia de la imposibilidad de la unión y de la plenitud del ser. Es la victoria de lo parcial, de la disociación, de lo fragmentario. Es imposible ser totalmente uno, porque vivimos en el instante y cada instante nos condena al nacimiento, pero también a la muerte de una parte de nosotros mismos. Este es acaso el símbolo profundo de la primera imagen del film. No se ve más que dos cuerpos enlazados e indistintos recubiertos por una capa de ceniza. Podemos imaginar esta ceniza como la de

«RINCONETE Y CORTADILLO»

AL terminar las audiencias concedidas por el señor Monipodio en su aduana, Ganchuelo introduce a Pedro Rincón y Diego Cortado en «un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino, no con otro fin que el de ingresar en la cofradía. Están en Sevilla de estreno, mas sin el aseo personal que distingue a los garbosos sevillanos, a lo que obedece el descubrimiento tal vez de la guía, aparte el tufo de «gato» que los tales «mucios» despiden. Hecha con buen pie la entrada, sobre lo atañente a ciertas ocupaciones de pelillo están enseñados por un asturiano de la misma edad y con el producto de la galima del francés que a Sevilla a caballo los trajo, mercados los enseres para el despiste.

Amaneció el día y la pareja púsose en armas, escogiendo la plaza del Salvador para entrar en fuego. Por allí se andaba Ganchuelo a la fisga de los que sin licencia de... caza ni evención de almojarifazgo por su cuenta y razón garbean. Ha visto al habilitado Cortado escamotear la bolsita de ámbar que traía el sacristán de unas monjas con el producto de una capellanía que le dió a cobrar un sacerdote amigo suyo, escamoteo que un prestimano no lo realizara con más limpieza.

Día de grandes acontecimientos en el dominio, rodeado de postas, del señor Monipodio. Encontróse la bolsita y el pañuelo del sacristán a petición del «alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año»; pusieron en la pila bautismal de la hampa «Rinconete el Bueno a Pedro Rincón y Cortadillo a secas a Diego Cortado.

Aquí llega arrastrando los pies, baja la cerviz, con toca de beati-lla cubierta, la que por línea recta desciende de inclitas Celestinas y perinclitas Trotaconventos, siendo Pipota su nombre. Viene a comunicar que el Renegado y Cien-toplés llevaron a su casa una canasta de colar llena de ropa blanca, «y en Dios y en mi ánima que

la bomba atómica, es decir, como la de los vestigios de la guerra que caen todavía sobre el presente y lo contaminan. Pero prefiero ver el símbolo de esta dialéctica del instante: en el momento en que estos seres se «incendian mutuamente» (como se dice una vez en el texto) la ceniza de este fuego, la ceniza del olvido, empieza ya a recubrirlos. A partir de esta imagen-clave, la película se organiza siguiendo la figura geométrica de un cono cuya base será la distancia que separa al japonés de la francesa y que se traduce de una manera puramente espacial por la carrera del uno hacia el otro a través de Hiroshima. Los fragmentos del pasado de la protagonista forman un bloque que cada vez más compacto que

venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros que parecían unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta y que se está tan entera como cuando nació.»

En el renombrado patio está plantada la estera con la sábana limpia por manteles para la refacción, que tanto puede ser jocunda como dramática juzgando por la abundante minuta y abundantísimo vino de Guadalcanal, como al catarlo señaló la vieja, y por el talle o catadura de los comensales: «viejos de bayeta con anteojos», palanquines, sacres, morralla avispera, traíneles, mozas del partido, accionistas de la cuchillada, compradores de muertes, tantas bocas como versos entran en un clásico soneto.

El de la Cariharta y el de la Escalanta llevando adelante el picadillo — filatería, palabrería, embustería — iban a venir a las manos y el patrón, a fin de que la sangre no llegase al río, dijo de este modo: «Todos voacedes han hablado como buenos amigos y como tales amigos se den las manos de amigos.» «Diéronselas luego: y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un panderero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el chapín. Monipodio rompió un plato, e hizo dos tejoletas que, puestas en los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y a la escoba.»

La Escalanta:

*Por un sevillano,
rufo a lo valón,*

separa irremediamente a los dos amantes. Al revivir este pasado, inmiscuyéndolo en el presente, la mujer comprende que no se traía más que de un recuerdo, muerto ya en ella y olvidado. Desde un instante, este amor actual entre ella y el japonés está también abocado al olvido, a la muerte; está irremisiblemente condenado. «Yo sé que te olvidaré; siento que te olvido ya», le dice el japonés en una de las últimas escenas.

Habiendo basado su película sobre la dialéctica, Resnais tenía que expresarse en la forma de un doble movimiento: la negación y la afirmación. Su éxito es total. Lo alcanza tanto en sus movimientos de cámara como en su montaje.

*tengo socarrado
todo el corazón.*

Alzarse los manteles y siendo Rinconete el Bueno únicamente quien sabe de letras, corre con leer los risibles esquicios asentados en un libro de memorias como los que hoy llamamos memento y cuya sustancia es ésta: «Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.» «La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.» «Memoria de palos.» «Al bodegnero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno: están dados a buena cuenta ocho: el término de seis días. Secutor, Maniferro.» «Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el «Silguero», seis palos de mayor cuantía, a pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.» «Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibeles, etcétera. El secutor de esto es el Narigueta.

«Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno, Rinconete floreo, Cortadillo bajón, y el día y año, callando padres y «patria».

★

Los dos pilletes creados por el genio de Cervantes, como no hay cosa alguna tan sencilla y armoniosa, ni tan conseguida, a través de la picaresca, parecen fundidos en la misma turquesa y son distintos si cupiera preguntarle a don Miguel por cuál de entrambos sujetos siente mayor inclinación, por seguro que señalaría a Rinconete, más susceptible de redención que Cortadillo, Cortadillo avanzará más en la vida maleante que Rinconete. Cada día de la alzada existencia de éste es víspera de su hombría de bien: el futuro de Diego Cortado es espantoso, si alguien no lo mejora. Obliga a decir esto la humanidad que tienen los personajes de Cervantes, que no parece que son sino de carne y hueso. El lector, como si tales muchachos fuesen reales, desde la venta del Molinillo viene tomando parte en sus nada ejemplares hechos y hasta cierto punto, llevado de su simpatía, por bondad los encubre. Sólo el muy magnífico señor don Miguel de Cervantes Saavedra es capaz de realizar esta fusión del lector con los personajes, utilizando los sobrados recursos de su maravilloso arte.

PUYOL

MESA REVUELTA



El escultor Clará tiene en Montevideo un monumento a la Independencia uruguaya, no faltando, en uno de los detalles el imprescindible Don Quijote. Insúa contemplaba la obra cuando a un joven gaucho se le ocurrió preguntarle si aquel señor representado era Martín Fierro. «No — le ilustró el interrogado —, es Don Quijote de la Mancha», dejando pesarlo al gaucho.

— ¡Haberle dicho que era Martín Fierro! — estalló Clará cuando Insúa le contó la anécdota.



Con la mejor intención del mundo unos antifascistas hispanos propalaron que el caudillo de El Pardo padecía del corazón, cosa que las buenas gentes no creyeron. Con lo descorazonado que es...

Luego se adujo que la enfermedad generalísima era cancerosa. Siendo así, de acuerdo — convino la población española unánimemente. El cáncer está en él, o él está en España como cáncer de la misma.



El castrismo en Sierra Maestra se dejó la barba, y ahora el anti-castrismo de Sierra Escombreras se deja la barba...

¿Y si se tratara, en fin de cuentas, de un problema de barbería y no de ideales?

Y ya que «estamos» en Cuba. En las escuelas de allí se sirven gratis a los alumnos helados al gusto naranja, vainilla y limón, conteniendo un antídoto contra la tuberculosis.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^e), es ayudar al Suplemento.

Biblioteca de «SOLL»

«Capitalismo y Democracia», A. Soucay	NF. 2 00	«Cerebro Infantil (El)», N. I. Krannsnogsky	12 00
«Capital (Le)» (resumen) Carlos Marx	2 00	«Cero y el Infinito (El)», Koestler, Col. Destino ..	10 00
«Capitán Proteo (El)», Pompeyo Gener	2 50	«Cebolleta y sus amantes» (Cuentos ilustrados)	2 50
«Capitán Veneno (El)», A. de Alarcón	2 50	«Ciencia contra monopolio», A. Zischka	3 25
«Capitán Fracasé (Le)», 2 vols., Th. Gautier	3 00	«Cien días de la vida de una mujer», F. Montseny	1 00
«Cartas Comerciales», José de la Vega	4 00	«Ciencia y Cultura», Dr. S. M. Neuschlosz	5 00
«Cartas de una Madre», Prevost	5 60	«Cielo y Tú (El)», Rachel Field	4 50
«Cartas a Mme. Recamier», Benjamin Constand	3 00	«Cien Días (Los)», H. Roth	4 50
«Cartas a la novia», Victor Hugo	4 00	«Cipreses crecen en Dios (Los)», Gironella, cartóné	25 00
«Cartas de un corazón angustiado», De Carlo	1 50	«Círculo perfecto (El)», H. Morton Robinson	6 50
«Caricature de la femme dans l'œuvre de Quevedo», A. Mas	11 50	«Ciudad de la Niebla (La)», Pío Baroja	6 00
«Carne y Espiritu», M. Van der Meersch	5 00	«Ciudad de los ojos alegres» (cuentos), Montiel Ballesteros	3 50
«Carta abierta sobre el Existencialismo», J. Salas S.	6 50	«Cité Future (La)», E. Tarbouvierck	5 00
«Carte des Vitamines et Calories», A. Orano	2 00	«Civilizaciones (Las)», Joaquín Pla Cargol	2 50
«Carteles», Pacheco, 2 vols.	14 00	«Civilización de España (La)», J. B. Treud	6 50
«Carteles», Pacheco y «Un esbozo de una Filosofía de la Dignidad», de Gille	3 50	«Civilización Hispánica», D. A. Palomeque	9 30
«Casa de la lluvia (La)», Fernández Florez	4 50	«Civilización del trabajo y de la libertad», Curio Chiaraviglio	6 50
«Casamiento de Figaro», Beaumarchais	1 75	«Clerambault», Román Rolland	4 30
«Castillo del Oso (El)», Garros	3 75	«Clima hace el hombre (El)», Clarence A. Mille	5 90
«Catalinarias (Las)», Juan Monsalvo	6 50	«Claudia», Arnold Zweig ..	2 50
«Catalogne Libre (La)», Orwells	6 00	«Cocina vegetariana», Prof. Capo	1 00
«Catira (La)» (Historias de Venezuela), José Camilo Cela	19 50	«Cocinero europeo (El)», J. Breteuil, tela	4 00
«Caves du Vatican (Les)», André Gide	5 50	«Code de la Bienséance», Campion	4 30
«Caves du Vatican (Les)», André Gide, Col. Pourpre	2 50	«Code de Commerce», Dal-Léo Campion	4 30
«Celos», Stefan Zweig	5 00	«Code Penal», Dalloz	10 00
«Ce que je crois», Jean Rostand	3 90	«Columna en ruinas (La)», E. Relgis	4 90
«Ce qu'est devenue la révolution», M. Ivon	1 90	Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste. Marthe, Paris N° 13507 56.	
«Ce que les pauvres pensent des riches», F. Nicolay ..	4 20		
«Ce qu'on appelle la crise», J. Duboin	2 50		
«Cervantes» (biografía), Bouret	2 50		

Nota. — Por sernos necesario, rogamos la liquidación de todos los envíos pendientes, y en particular aquellos que, por la razón que fueré, se han atrasado más de la cuenta.

NOTICIARIO

«Poemas de Quasimodo», publicados en nuestro número anterior, aparecieron sin firma. Indicando que el autor Carlos López Narváez, la omisión queda subsanada.

La proyección de la película «El Dictador», de Charlie Chaplin, sigue siendo prohibida en España a pesar de los esfuerzos favorables cumplidos por varios agentes cinematográficos.

Para contribuir a la desvirtuación de la crisis teatral que se nota en Barcelona se propone la instalación de un teatro de capacidad en cada barriada populosa, donde existe dificultad de traslado al centro de la capital a causa de la limitación de los transportes urbanos.

El Circo Price de Madrid, totalmente renovado, ha sido inaugurado con la actuación de una compañía de circo italiana.

El rodaje de la proyectada película «Don Quijote de la Mancha» permanece atascado. Ahora se insiste en un «Sancho» a cargo de Cantinflas sin que se haga mención de un «Quijote»-Fernandel. En firme sólo se da el nombre de Hugo Fregonesse como director de esa producción tan discutida y ni siquiera empezada. Los medios literarios españoles recaban fidelidad al texto.

En el Ateneo Barcelonés dió una conferencia sobre «El cine antirracista norteamericano» el comentarista Jaime Picas.

En el estudio de Radio Barcelona y a cargo de una entidad francesa se dió una sesión de «música concreta». En concreto, esa música dejó pensativo al auditorio.

En España 1.200.000 colmenas proporcionan al país 24 millones de kilos de miel.

Una nota dulce en la amargura de la vida presente.

La proposición de integrar a la Academia de Bellas Artes de Madrid al pintor Salvador Dalí, provocó gran alboroto entre los «inmortales» de la citada casa.

En la Facultad de Letras de Santander ha habido homenaje a Anton Chejov con motivo del centenario de su nacimiento.

Arte ingenio reconocido: la «papirología». Con papel doblado y otro trabajado a tijera, Nemesio Montero, de Valladolid, ha presentado unas 500 figuras representando una diversidad de objetos.

Nuestro querido amigo y colaborador Fabián Moro, se halla restregado de una grave enfermedad que le aquejó durante los tres últimos meses. Unimos nuestra satisfacción a la que con tan feliz motivo sienten el propio Moro, su buena compañera y la simpática y estudiosa hija de ambos.

La producción de caña de azúcar en Cuba

CUANTAS veces en los frondosos cañaverales cubanos intenté matar el hambre chupando un cacho de caña! Bajo un sol abrasador, sumergido en el lujurioso verde del trópico, percibiendo el cansino chirriar de las carretas bovinas, a veces, a eso de las tres madrugadoras, yéndome por entre las entrerrayas mojadas por el rocío de la noche ya muriente.

Al cortador torzoso le es cargar muy de mañana la caña abatida el anterior día. Las carretas cargan hasta los topes y las yuntas a la postre les es difícil arrear tanto peso por la blandura del terreno, atascando en la rodada, atrayéndose la ira bastonera de los carreros, que contribuyen así a la extenuación de los sufridos bueyes.

Cada gota de sudor de los empleados en la siega (zafra) rendía negocios a los partidarios de los ingenios (fábricas para la conversión de la caña de azúcar), cuya riqueza global extraída de sus explotaciones luego capitalistas acumulaban en bancos y disfrutaban en La Habana, Nueva York, París, Londres, etc. Cansancio y privaciones, para los asalariados macheteros.

Los campamentos en donde dormían los obreros (y tal vez sigan utilizando para dormitorio) se compone de barracas de tierra cubiertas con ramaje, unas, con planchas de zinc otras. El piso era de tierra, lo que facilitaba la suciedad de los interiores barraqueros. Comúnmente a los habitantes de éstos se les contaminaban por los pies unos molestos insectos conocidos por niguas, muy parecidos a las pulgas, con la agravante de que los niguas se

por Ricardo LONE

meten dentro de la piel humana para incubar en ella, lo que da picor y peligro de fiebre. Para dormir en tales antros zafreros hay que hacerlo sobre hamaca, que muchos cortadores, incómodos en el interior, suspenden en ramas de los árboles, teniendo que preparar igual que monos. Eran raros los ingenios disponiendo de dependencias para el aseo, teniendo los operarios que utilizar — habiéndola — la fuente común. Por ello en Cuba abundaba tanto el paludismo, pues la falta de agua, el alimento malo y escaso y la vivienda insalubre desembocaban a ello.

También en el campo sujeto a las aglomeraciones humanas llamadas « colonias » se vivía desagradablemente, coyuntura que aprovechaban comerciantes sin escrúpulos instalando fonduchos en los que servir frijoles viejos, agusanados, y arroz fermentado o apollillado, y otros artículos depreciados que permitieran redondear una fortuna en poco tiempo aunque fuese a costa de la salud de centenares de personas a las que el trabajo no les daba libertad de prepararse el guiso. Para alcanzar esas miserables posadas los empleados de los ingenios que las preferían a los barracones de la hacienda, tenían que recorrer docenas de kilómetros en ida y vuelta, hasta que en algunos ingenios regidos por norteamericanos se permitió a los más delicados de salud utilizar los trenes de carga para ida y regreso de « colonias ».

Los trabajadores cubanos y muchos españoles emigrados conocen

hasta la saciedad esta larga y desesperada historia de la zafra, de la recolección de la caña de azúcar, principal riqueza de la « perla » de las Antillas, y objetivo número 1 de la codicia de capitalistas cubanos y extranjeros, yanquis principalmente, quienes, para salvaguardar intereses nacionales que interpretan suyos, no han vacilado en mediatizar la política del país para mantenerlo en la ignorancia, en la miseria y en la decrepitud por acción de los tiranos de turno, asalariados del capitalismo internacional: Machado, Batista y... ya veremos si la cosa tiene apañón con la revolución habida, pues nada alegraría que unos dominadores fuesen reemplazados por otros quedando,

por consiguiente, el pueblo en su eterna condición de paria, de servidor de poderosos.

Todas las estadísticas se ocupan detalladamente de la riqueza azucarera de Cuba, pero ninguna se adentra en la entraña del problema social que la tal riqueza encierra. La enorme prosperidad de unos pocos ha sido seguida por la ingente miseria de las multitudes. La riqueza « nacional » de Cuba no ha impedido que el paria de la manigua coma raíces, ande descalzo y habite en bohíos infectos. Que los trabajadores despierten de su marasmo, que no obedezcan ya más a los partidos políticos, siempre dependientes del extranjero, y Cuba podrá dárseles de perla antillana por la brillantez de su ambiente, por la feracidad de sus tierras y por esa libertad que tanto cuadra en los paisajes humano y geográfico de esta privilegiada isla.



PARA QUE EL «SUPLEMENTO LITERARIO» VIVA

Ruego encarecido

En más de una ocasión nos hemos dirigido a nuestros estimados lectores para enterarles de que este mensual no cubre gastos con los ingresos que obtiene. Hoy les decimos más: de no equilibrar balance, el SUPLEMENTO tiene la existencia comprometida... porque hay suscriptores tardos en ponerse al corriente, y otros que, con su mutismo prolongado, demuestran indiferencia por nuestra cosa administrativa. Hay igualmente, a nuestro desfavor, la especie de pseudo-colaboradores que reciben gratis la revista y nunca colaboran en ella. Algún centenar de ejemplares servimos también a compañeros que por enfermedad o vejez no pueden dedicar ni un franco a publicaciones, de cuyo gesto no nos arrepentimos. Sin embargo, el SUPLEMENTO no puede ya con esas sangrías, por lo que encarecemos de nuestros amigos un esfuerzo porpagador y otro regularizador de parte de quienes puedan o deban hacerlo. Porque el SUPLEMENTO no vive del aire. Está sujeto a la ley monetaria como todo y todos. Hágase lo posible para que no tengamos que decir que el SUPLEMENTO ha sido, lo que sería una lástima. No para nosotros solamente: para el Exilio español entero, que tiene en esta revista un valioso exponente auténticamente suyo.

Créasenos esta vez. La advertencia va de veras. Ningún Mecenaz nos ayuda y el favor del semanario «Solidaridad Obrera» ha llegado a su fin. Queda el SUPLEMENTO reducido a sus propias fuerzas, queda prácticamente en manos de quienes estiman necesaria su existencia. Con más claridad no podemos expresarnos.

Le Directeur : JUAN FERRER. — Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine)